



2

CUADERNOS DEL BICENTENARIO DE LA MUERTE DE ANDRÉS COINDRE

EL HERMANO JAVIER LA FIDELIDAD CONSTANTE





HERMANOS DEL
SAGRADO CORAZÓN

**CUADERNOS DEL BICENTENARIO DE LA
MUERTE DE ANDRÉS COINDRE (1826-2026)**

**CUADERNO 2:
EL HERMANO JAVIER.
LA FIDELIDAD CONSTANTE**

**HNO. JAVIER MARQUÍNEZ
30 DE MAYO DE 2025**

PREFACIO

Hace muchos años, tuve un buen amigo, algo mayor que yo, que se dedicaba profesionalmente a traducir textos del latín. En el momento en que lo conocí, estaba enfrascado en la traducción de *La Eneida*, de Virgilio. Un día me atreví a preguntarle por qué, habiendo ya tantas traducciones de esa obra maestra, “perdía” el tiempo con otra versión más, que iba a aportar muy poco al conocimiento del autor, Virgilio, y de la obra. Su respuesta me pareció de una clarividencia absoluta, tanto que ha quedado grabada en mi memoria.

Por dos razones, me dijo; la primera es porque, en contra de lo que comúnmente se cree, la mayoría de las traducciones que tenemos de los clásicos latinos, no provienen de latín, sino del francés. Muchos traductores españoles no se tomaron la molestia, por falta de ganas o de conocimientos, de ir a los textos latinos, sino que “fusilaron” el trabajo de los excelentes académicos franceses de los siglos XIX y XX.

La segunda, continuó, y esta es la más importante, es porque traducir a los clásicos es una tarea que tendría que ser una obligación para todas las generaciones, porque nosotros estamos hechos a imagen y semejanza de Dios, pero moldeados por el pensamiento de Homero, Virgilio, Horacio, Lucano, San Agustín, Santo Tomás. Entender a los clásicos es comprendernos a nosotros mismos, desentrañar la sabiduría de sus obras significa apostar por un hombre y una sociedad orgullosa de su pasado y sus valores y, como tal, preparada para conquistar el futuro.

Esta historia viene como anillo al dedo para comprender las vicisitudes del viaje interior que emprendí cuando, desde la Comisión para la Promoción del Carisma de Fundación, se me encargó escribir algo sobre el Hermano Javier. Sabía que había sido el primer hermano de la congregación y que sus *Memorias* constituyen el documento que, de primera mano, relata los pormenores de la fundación del Instituto y de los azarosos primeros tiempos. Pero mi conocimiento de la obra y del autor era muy parcial, formado por una serie de lugares comunes y de detalles superficiales que no llegaban a

explicar de manera convincente muchas cosas que pasaron en los primeros años de nuestra historia como institución de Iglesia.

Al Hermano Javier se le cita frecuentemente como el salvador del Instituto, en el sentido de que fue capaz de paliar las consecuencias de los sucesivos desastres económicos que acompañaron la nefasta gestión administrativa del Padre Francisco Vicente Coindre, segundo superior general de la congregación; pero la experiencia de los últimos meses me ha enseñado que acercarse a su figura es entrar en el alma de la institución a través de uno de sus más eximios representantes.

El Hermano Javier representa el prototipo de Hermano del Sagrado Corazón, profundamente enamorado de Dios y de su obra, la congregación, a la que amamos incondicionalmente porque nos proporciona los medios necesarios para ser santos. Es consciente, desde el principio, de que su principal objetivo no es ejercer una labor social con los niños pobres y abandonados, ni buscar los mejores medios para que la caridad pueda cumplir sus funciones. Su fidelidad es una cuestión de vocación: Dios lo ha elegido para que sea santo y se entregue a él hasta las últimas consecuencias. La vocación exige, como primer requisito, una relación personal, diaria, intensa con Jesús en su forma más humana, la del Sagrado Corazón. Una vez llenado el recipiente en la fuente de Dios, cuando ya está a punto de rebosar, Javier encuentra en los pobres delincuentes de Lyon, reconvertidos en tejedores por el Padre Coindre, la misión de su vida, llevar a esos muchachos lo más cerca posible del corazón de Dios, para que Él los bendiga y los ame.

El Hermano Javier también es prototipo de hermano por su sentido de la fidelidad manifestada a través de dos brazos distintos del mismo río caudaloso. El primero, la fidelidad a Dios y a su vocación, firme cuando todo a su alrededor parece derrumbarse. Javier es un hombre de palabra, acostumbrado a la lealtad, consciente de que sus compromisos ante Dios forman parte del mejor contrato que uno puede firmar en su vida, el de la propia salvación.

El segundo brazo del caudaloso río de la fidelidad es la ofrecida al Padre Coindre y a su obra. El Hermano Javier, obligado por un secreto compromiso, trabaja sin denuedo durante más de treinta años para que el Piadoso

Socorro, la fundación del Padre Coindre, no desaparezca. Hubo muchos que lo dejaron, otros que le aconsejaron caminos distintos, algunos más que conspiraron con la intención de que desistiera. Para seguir adelante, tuvo que enterrar su amor propio, callar ante las evidentes injusticias, hacer oídos sordos a los infundios que se levantaron contra él. De manera casi milagrosa consiguió que el legado carismático del Padre Coindre llegara hasta nosotros.

Como los héroes clásicos, como Eneas, la peripecia vital del Hermano Javier parece marcada por un destino inexorable fijado por la providencia. Eneas estaba destinado a ser el fundador de la patria de los nuevos tiempos, Roma, que tomaba el relevo de Grecia como centro del mundo. Javier está destinado a ser el guardián de la obra de Dios fundada por el Padre Coindre para que los niños pobres y abandonados de todo el mundo encuentren un camino seguro hacia Dios. Todas las circunstancias de su vida, de fe y sobresalto, no son más que hitos que conducen a la santidad de un pobre tejedor, el primero de una congregación de tejedores de futuro.

H. Javier Marquinez

1. La llegada a Lyon y el primer trabajo.

No sabemos de qué manera el Padre Coindre fue capaz de comprometer la voluntad del Hermano Javier para que este aceptara una tarea que le iba a llevar toda la vida. El hecho es que, durante más de treinta años, y sin dejar un solo día, el Hermano Javier permaneció atento para que la obra del fundador no desapareciera. Y hubo momentos en los que todo estaba dispuesto para llevar la institución al río del olvido.

Guillaume Arnaud, nuestro Hermano Javier, había llegado a Lyon muy joven, quizás con doce o trece años, buscando una perspectiva mejor a la que ofrecían las áridas tierras y los bosques devastados del Dauphiné, su lugar de origen. La tarea nunca falta a aquellos que ponen en el esfuerzo toda la esperanza del futuro, y enseguida se puso a trabajar en el negocio de la seda. Comenzó como aprendiz en un taller donde había otros como él, desempeñando oficios menores, devanando la seda, limpiando, llevando encargos de un sitio para otro.

Suponemos que, pasado el tiempo de aprendizaje, llegó el momento de ponerse frente a un telar y aprender a usar, primero torpemente, después con habilidad, los pedales y la lanzadera, y a desarrollar todas las técnicas de hilado más sofisticadas. Los mejores maestros del oficio fueron los propios compañeros, que a su vez lo habían aprendido de las generaciones anteriores, de acuerdo a las estrictas condiciones de la época para el aprendizaje de una profesión.

Tenemos pues, en 1817, al joven Javier, con escasos dieciséis años, trabajando donde la señora Besson, posiblemente viuda del dueño de un taller y, por eso mismo, por tener antecedentes familiares, se le permite seguir con un negocio dominado mayoritariamente por hombres. El taller está situado en la Avenida de los Cartujos, en la Croix-Rousse, la colina de Lyon donde se han instalado la mayoría de los nuevos negocios. Los telares Jacquard son más altos que los tradicionales y necesitan un techo de, al menos, cuatro metros de altura, imposible de encontrar en las antiguas casas del viejo Lyon. Así pues, Javier distribuye su tiempo entre la colina que trabaja, la Croix-



Típico taller de seda de la Croix-Rousse a principios del siglo XIX.

Rousse, y el centro de la ciudad, a donde baja, siempre que sus ocupaciones se lo permiten, a disfrutar de la villa bulliciosa que se agolpa entre los dos ríos, el Ródano y el Saona. Periódicamente, también visita a nuestra madre la Virgen en su santuario de Fourvière, una devoción que había crecido en él durante su infancia, en las cimas de los montes alpinos, en las grutas que guardan la imagen de nuestra señora y que sirven de santuario y refugio durante los días de tormenta.

El taller es como una familia, nunca mejor dicho, porque es también el hogar familiar. Allí todo el mundo trabaja. La señora Besson no es de las que se duermen en los laureles, y a sus eficientes telares ha añadido un par de los de Jacquard. Todos están comprometidos con el trabajo, siguiendo la máxima paulina de que aquel que no trabaja, que no coma. Si no llegan pedidos, no hay forma de cobrar por ellos.

La posición principal está ocupada por la jefa de taller, en este caso la señora Besson, que es la propietaria de los telares: discute el precio con el fabricante,

2. Tengo una oferta que no vas a poder rechazar.

Pudo suceder que un día, allá por abril de 1820, apareciera por el taller de la señora Besson un sacerdote, vicario de la parroquia de San Bruno, que buscaba trabajo para un muchacho que, al parecer, había estado en la cárcel. El sacerdote es un hombre alto, joven, recién iniciada la treintena, que ha ganado fama en el barrio como buen predicador y amante de las obras de caridad.

Esa mañana no está la señora Besson, que ha ido al centro de Lyon a ajustar unos precios con el fabricante, así que se dirige al joven que parece el encargado. Javier siente algo especial en presencia de aquel sacerdote. Se ha criado en un ambiente cristiano y ha conocido a muchos curas, pero este, de rostro agradable y nariz contundente, le está hablando del amor de Dios por los más necesitados, la dignidad del trabajo y el valor de la persona, que supera todo lo que uno puede encontrar en el mundo.

Al cabo de pocos días, vuelve, y esta vez se dirige directamente al puesto de mando del taller donde está la viuda. Mientras hablan, Javier nota que, de vez en cuando, le miran. Enseguida se da cuenta de que él es el tema de la conversación. Poco después, el Padre Coindre se acerca al telar en el que está trabajando y, después de los protocolarios saludos, le habla de un grupo de jóvenes que estaban recogidos en una celda de la Cartuja, pero que después han trasladado a un taller de allí cerca, que también han abandonado estos días. Ahora se han mudado a una casa, en la zona llamada del *huerto del prior*, que acaba de comprar el sacerdote.

– Necesito un joven como usted para ser el vigilante del taller –le dice–. Le aviso de que no es una tarea fácil. Algunos han salido de la cárcel y tienen un comportamiento complicado. Si usted viene conmigo, yo le mantengo el sueldo que cobra con la señora Besson. El lugar, lo acabamos de bautizar, se llama el Piadoso Socorro.

Javier piensa que puede ser una buena oportunidad laboral. Además, no le desagrada trabajar con gente joven. Aunque aprecia a la señora Besson

el burgués que normalmente tiene una tienda en el centro del Lyon. Este le proporciona la seda y, en el caso de los tejidos de diseño, los cartones ya perforados que hacen funcionar el telar Jacquard. En el taller, también hay un contraamaestre, obreros especializados llamados *compañeros*, y los aprendices, niños y niñas que hacen las tareas menos dificultosas y también, en ocasiones, las más duras.

Los obreros duermen en un desván bajo el tejado, una especie de segunda planta parcial que está sobre la cocina y desde la que se domina todo el taller. La cocina está lo más alejada posible de los telares, para evitar cualquier accidente que pueda manchar la sedas. Allí se preparan los alimentos, aunque a veces también se utiliza para tratar al vapor algunos tejidos que requieren una elaboración cuidadosa, como las *crêpes*, telas de fluidez y textura ligeramente rugosas.

Una de las muchachas del taller se encarga de preparar la comida para todos. Las condiciones de vida son difíciles y, en los mejores momentos, el plato diario suele consistir en un cocido de carne de cerdo acompañado de legumbres y patatas. Cuando hay posibles, la señora Besson se preocupa de que la comida del mediodía termine con un queso blanco con ajo, finas hierbas y esas pequeñas cebollas, tan sabrosas, llamadas *chalotas*. Los días de fiesta también se sirve un poco de vino.

Imaginamos a Javier, inteligente e inquieto, seguramente un carácter hiperactivo, que ya ha adquirido cierta experiencia, está bien considerado por la señora Besson y por sus compañeros, y se está preparando para más responsabilidades.



Andrés Coindre, un sacerdote joven con fama de buen predicador y amante de las obras de caridad.

y todo lo que ha hecho por él desde que llegó a Lyon, siente que aquel sacerdote va a suponer un revulsivo para su vida. En Lyon, se ha habituado al trabajo incansable en los telares. Pasa el día sentado en su banco, a veces concentrado para que los hilos se distribuyan correctamente, otras, las más, repitiendo mecánicamente los movimientos adquiridos. Su único día de asueto, el domingo, lo dedica a salir con sus amigos, tejedores como él en los diversos talleres de la Croix-Rousse. Aunque se lo pasa bien con ellos, no entiende las diversiones burdas de algunos, que se dan a los vicios con desenfreno. Trata de guardar siempre la compostura y el decoro que le han enseñado en su casa desde muy niño.

Así que, cuando transcurridos unos días, regresa el Padre Coindre, acepta el puesto que le ofrece como ayudante de taller. Traslada sus pocas pertenencias a la nueva casa donde ya hay unas treinta personas trabajando, la mayoría, muchachos de su edad y más jóvenes, muchos de ellos, como le ha dicho el sacerdote, delincuentes que viven en estado de extrema necesidad.

El nuevo taller está instalado en una finca mucho más grande que la de la señora Besson, con dos partes bien diferenciadas. Hay una pequeña casa burguesa ocupada por la familia, el padre, la madre y la hermana del Padre Coindre, y un gran edificio de dos plantas donde está el taller propiamente dicho, con dos telares Jacquard y tres de los tradicionales.

Lo que más le llama la atención durante los primeros días es el respeto y la deferencia con la que el Padre Coindre trata a los alumnos. Los muchachos, a pesar de estar hechos a todo, responden con educación, sin que se les ocurra dejar escapar ninguna inconveniencia propia de la precipitación juvenil. El buen sacerdote siempre tiene la palabra justa, el gesto cómplice, la corrección cariñosa, de las que llegan sin hacer daño.

Es un educador intuitivo. Previene los acontecimientos antes de que sucedan, se adelanta casi siempre a la aparición de los problemas. Cuando sale a sus misiones y deja a los obreros y a los alumnos solos en el Piadoso Socorro, casi nadie le echa en falta durante las primeras horas. Pero enseguida, su ausencia empieza a tomar, una por una, las dependencias de los talleres, hasta que se hace inabarcable. El segundo día sienten que falta algo necesario, la viga maestra del edificio. Durante las jornadas siguientes, todos

se acostumbraban a vivir como sin aire, hasta que él llega de nuevo y la luz ilumina los rostros, curva las sonrisas, da brillo a las sedas de los talleres.

Al cabo de algunos meses, los encargados del taller que están más pendiente de la formación de los alumnos son dos jóvenes que todavía no han cumplido los veinte años. Guillaume Arnaud, nuestro Hermano Javier, y otro joven que también se ha iniciado en el negocio de la seda, Antoine Genthon. Son dos muchachos elegidos por el Padre Coindre por su piedad, la fe en Dios y sus buenas cualidades para trabajar con los chicos, a saber, una buena dosis de pragmatismo y mucha paciencia.

3. Una invitación a quemarropa.

Un día, el Padre Coindre llama aparte a estos dos jóvenes. Les dice que las cosas van bien, pero no tan bien como él desea. Ha comprado la propiedad e instalado el taller pensando en la salvación de estos muchachos, sobre todo, en la salvación eterna. Es verdad que se hace una gran labor, que muchos de los que han venido han reformado su vida y sus costumbres, pero los maestros que tienen no están capacitados para llevar el mensaje del Evangelio, porque ellos mismos no lo conocen. Además, le cuestan muy caros, dice Coindre con una sonrisa de complicidad.

– ¿Están ustedes dispuestos a servir a Dios con todo su corazón y a entregarse por completo a su amor y a la educación de estos jóvenes? ¿Quieren ser los primeros religiosos de una congregación que quiero fundar?

Javier necesita unos días para pensar la respuesta, pero tiene que confesar que aquellas palabras no le cogen por sorpresa. El Padre Coindre acaba de formular la invitación, aunque Dios ya le ha ido dejando pistas durante las últimas semanas. Un día de aquellos, un muchacho le confiesa que, por primera vez en su vida, es consciente de la presencia de Dios. Hasta entonces, dice el chico, ha llevado una existencia centrada en buscar las mejores oportunidades para sí mismo, pero con su entrada en la providencia y el aura de fe que rodea al Padre Coindre, ha comenzado a preguntarse en qué lugar de su existencia está Dios. Javier se queda mudo ante las palabras del joven y no sabe dar una respuesta. Tartamudea algo ininteligible, y termina admitiendo, para sí mismo, que se encuentra exactamente en la misma situación.

En otra ocasión, ejerciendo la vigilancia de los talleres, ve que un chico, por dejadez, echa a perder una tela a punto de ser terminada. El muchacho lleva su almuerzo junto al telar y, entregado al juego con un compañero, deja caer unas gotas de grasa sobre el tejido, todavía encajado en la máquina. Aquello supone el salario de varias semanas, además de correr con todos los gastos de las materias primas. Javier acude raudo a reconvenir con fuerza y algo de acritud al alumno revoltoso. En ese momento aparece el Padre Coindre que le llama y le dice con una sonrisa:

– Le felicito, no podemos permitirnos perder nuestro trabajo, pero la próxima vez que corrija a un alumno hágalo con compasión, por favor, piense que usted representa para él la figura de Jesús, nuestro salvador.

La repercusión de estos acontecimientos, y otros que no nos tomamos el tiempo de narrar, va tomando forma en la mente de Javier en el momento en el que el Padre Coindre irrumpe con la invitación de la que hemos hablado. Días después de aquella propuesta, Javier se acerca al Padre Andrés y le dice:

– Conozco ya bastante el mundo, y creo, con la gracia de Dios, que tengo la suficiente fuerza para despreciarlo.

– Usted será el primero de la pequeña congregación que pretendo formar –responde el Padre Coindre recibiendo a su primer discípulo con un amplio abrazo. Luego, se detiene durante un instante y mira a los ojos del joven, pensando una a una las palabras que va a decir–. Desde este momento, le encargo, de una manera muy particular, el cuidado del Piadoso Socorro.

El Hermano Javier recordaría aquel momento durante toda su vida porque había hecho el firme propósito de entregarse a Dios y de cuidar aquella primera obra como se cuida a un hijo, cueste lo que cueste y por encima de todo. Todo parece haberse producido de manera casual, pero no es así; la providencia va construyendo, paso a paso, el devenir de nuestras vidas. Pensando en aquellos días, muchos años después, el Hermano Javier llegó a la convicción de que los vientos del cambio, sirvieron para que Dios le mostrara su propio camino.

Su compañero, aquel a quien el Padre Coindre también había invitado, al cabo de unos días, agradece la propuesta y confiesa al buen sacerdote que no se ve en este estilo de vida, que no tiene vocación de religioso. Poco tiempo después, Antoine Genthon recoge sus cosas y se coloca como empleado en una librería del centro de Lyon, la librería Perisse, donde tiene una vida laboral larga y provechosa. Las vivencias que tuvieron juntos en el Piadoso Socorro siempre estuvieron presentes y Antoine y Guillaume, Genthon y el Hermano Javier, mantienen la amistad a lo largo de toda su vida.

4. El Padre Coindre invita.

El Padre Coindre es el mejor reclutador que ha tenido la congregación en toda su historia. La inmensa mayoría de los hermanos de los primeros tiempos, vienen a nosotros porque él los invita directamente. En las misiones, hay muchos jóvenes que se acercan a pedir consejo para su vida y su vocación. Cuando ve que la tierra está en tempero, les lanza una pregunta: ¿oye, tú quieres ser hermano del Sagrado Corazón?

Actualmente, atravesamos la mayor crisis de vocaciones de la historia de nuestra institución. Los noviciados de algunas provincias están vacíos desde hace muchos años. Ante esta situación, antes de buscar otros culpables, nosotros, los hermanos, tenemos que responder a algunas preguntas: ¿Quién invita? ¿A cuántos jóvenes nos hemos dirigido para ponerlos entre la tenue distancia que a veces separa el sí del no? ¿De qué manera nos podemos llamar discípulos del Padre Coindre si no somos capaces, como él lo hizo cientos de veces, de decirles a los jóvenes los enormes tesoros que esconde la vocación religiosa?

Algunos se muestran temerosos de invitar a los jóvenes porque no están seguros de lo que van a encontrar. Creen que la oferta no es demasiado atractiva ¿Cómo que no? El objetivo es encontrar a Cristo. La vocación de Hermano del Sagrado Corazón ofrece, como atractivo principal, el acceso a la experiencia de Dios, que se fortalece a lo largo de toda la vida, día a día, mediante un trato personal y directo con Jesús. Este es el principal carisma de un hermano.

Otros tienen recelos, porque piensan que los chicos de ahora ya no son como los de antes, que se han perdido los valores tradicionales que permitían un acceso a la vida religiosa de forma casi natural. Esto no es verdad, hay numerosos ejemplos. Pero aunque así fuera, siempre hay que tener presente, como decía Santo Tomás de Aquino, que Dios no nos ama porque seamos buenos, sino que nos ama porque el bueno es Él. Hay que confiar en que Dios sigue llamando y que, como siempre, necesita mediadores que faciliten la tarea y hagan de puente.



*El P. Coindre le dijo al joven Guillaume: "Usted será el primero de la pequeña congregación que pretendo formar".
(Imagen ficticia, ya que no se conserva su retrato)*

El Hermano del Sagrado Corazón pone en práctica, con su vida, aquel viejo proverbio que dice que si aprendes todo, excepto a Cristo, no aprendes nada; y que si no aprendes nada, excepto a Cristo, lo aprendes todo. Conseguir una relación diaria, atenta y confiada con Dios es nuestra asignatura troncal. Desde esta perspectiva, es difícil escapar a la llamada. De hecho, no deja de sorprendernos cómo algunos hermanos que hicieron todo lo posible para no ser religiosos, que incluso contaron con la desaprobación de la familia y la incomprensión de los amigos, hoy se encuentran entre nosotros y llevan una vida ejemplar al servicio del Reino. Hice lo que pude para huir, me decía uno de ellos, pero Dios me estaba esperando en un recodo del camino.

El Hermano Javier responde que sí, y comienza un camino de intimidad con Dios, en su imagen humana y bondadosa del Sagrado Corazón. La principal evidencia de que esto es así, es su propia vida, siempre perseverante en el cuidado de la obra del Padre Coindre, a pesar de las insatisfacciones, los errores y las traiciones. Podía, como hicieron otros, haber tomado cualquiera de las señales de salida que, en muchos momentos, aparecieron en el camino. Pero estaba seguro de que su vocación no se fundaba en las propiedades, los telares, ni siquiera en sus chicos. Su vocación comenzaba cada mañana en un momento de intimidad, en la solitud de la capilla, de rodillas, aferrándose al único valor seguro en medio de las tormentas de la vida: la imagen sonriente, amable, humana del Sagrado Corazón.

Esta es la vocación del Hermano Javier y la de todos los hermanos. Una vez seguro esto, cuando lo tiene bien claro, acepta dedicarse al trabajo manual en una desconocida institución caritativa de Lyon, en beneficio de unos chicos, algunos de ellos delincuentes. Un trabajo que no va a contar con el reconocimiento del mundo ni va a tener una repercusión social importante, pero sí es un trabajo que nace del cambio de la propia vida y permite cambiar, para bien, la de muchos otros.

5. Llega más gente, el grupo crece.

En diciembre de 1820, se incorpora al Piadoso Socorro un nuevo miembro que ha recibido también la invitación del Padre Coindre. Se llama François Porchet. Es un lionés de dieciocho años, un chico jovial, sincero. A pesar de su juventud, ya tiene una buena formación. Es institutor, una especie de maestro por libre, sin asignación de escuela. Desgraciadamente, no tiene buena salud y padece una enfermedad en un brazo que le impide servirse de él. El Padre Coindre se da cuenta de su buena disposición y del espíritu de fe que anima su vida, y lo coloca como profesor de los alumnos. Enseña a leer y a escribir, también el catecismo, con una dulzura y bondad que termina por ganar el corazón de los más revoltosos. Hay pocos maestros que sean recordados solo por los conocimientos que transmiten, en cambio el aura de los elegidos envuelve a algunos sobre los que sus alumnos tejen narrativas fantásticas, que mezclan la transmisión de conocimientos, el sentido de la vida y la importancia de ser en el mundo. Porchet es uno de esos, que se gana el respeto y la admiración de sus chicos.

A lo largo de 1821, comienza a llegar gente comprometida, y la comunidad del carisma se hace más grande y poderosa. El Piadoso Socorro ya es de otra manera. Los alumnos y profesores se han dado cuenta de que por los cimientos de aquella institución corre un río subterráneo capaz de anegar toda la casa, quizás Lyon entero, es posible que toda Francia. A principios de septiembre, se incorpora Claude Mélinond, un muchacho de veinte años que procede de la misma región donde está Lyon, la del Ródano. Ha conocido al Padre Coindre en un retiro que este ha dado en la ciudad de Belleville. Se presenta para confesarse y le consulta sobre su intención de retirarse del mundo. El Padre Coindre le pide que vaya a Lyon para reunirse con otros jóvenes que también quieren iniciarse en la vida religiosa. Casualmente, este muchacho también padece un problema físico: tiene los pies torcidos, lo que le molesta mucho al andar.

El Hermano Javier, acostumbrado a las empresas de la vida, ya miraba con preocupación los inicios balbucientes de aquella sociedad religiosa. Pero cuando el nuevo candidato llega al Piadoso Socorro, piensa que aquella

manera de iniciar esa obra, con un manco, un cojo y un casi analfabeto como él, no tiene otra alternativa que contar con la gracia infinita de Dios. Solo podemos mejorar, pensaba.

La comunidad crece mucho más a finales del mes de septiembre. El Padre Coindre, estando de misión en la gran ciudad de Saint-Etienne, encuentra un grupo de siete jóvenes que viven retirados del mundo bajo la dirección y vigilancia del Padre Rouchon, párroco de un lugar próximo llamado Valbenoîte. Son personas de bien y, de hecho, cada uno tiene su oficio y vive de su trabajo. Hay un hombre de unos cuarenta años, llamado Víctor Guillet, que es viudo y tiene una hija de diez años, acogida en un convento de monjas por una de sus tías, también religiosa. Hay otro, un tal Dufour, con algunas propiedades, entre ellas una fábrica de cordones. Un tercero, llamado François Rimoux, que también tiene sus años, hombre afable y muy religioso, poco seguro de sí mismo y desconfiado con los demás. Hay otros cuatro, de los que no sabemos sus nombres porque estuvieron poco tiempo en el Piadoso Socorro y, después, se les perdió la pista. Hombres que tuvieron una experiencia significativa al servicio del Evangelio, pero que no pasaron por el crisol de la constancia, que es donde se temple la fama.

Los tres que ya estaban en Lyon, Arnaud –nuestro Hermano Javier–, Porchet y Mélinond, acogen a los recién llegados con entusiasmo. En pocos días, el pequeño proyecto cuenta ya con diez personas dispuestas a todo para responder a la llamada de Dios, que han recibido a través de este joven predicador. Son todos hombres normales y corrientes, más o menos instruidos, pero con un entusiasmo desbordante, dispuestos a demostrar, una vez más, que Dios no llama necesariamente a los mejores, pero sí hace mejores a los que llama.

El Padre Coindre no ha ocultado sus intenciones. Los ha reunido para crear una pequeña congregación religiosa dedicada a la educación de niños y jóvenes. Pero desde el principio queda claro que el principal objetivo no es la evangelización, sino la propia conversión: aprender a hacerse semejantes a la figura mansa y humilde del Sagrado Corazón.

6. Un retiro para pensárselo bien.

Allí están todos, pues, en el Piadoso Socorro, el lunes 24 de septiembre de 1821, reunidos por Coindre para un retiro de seis días, previo a la consagración religiosa de carácter privado. Entre ellos, Javier, contraamaestre de taller. Dice que se lo ha pensado muy bien y que ha renunciado, conociéndolas, a todas las vanidades del mundo. Ahora, ese corazón desalojado de lo superfluo tiene que llenarse del amor de Dios, porque en el alma del hombre hay demasiado espacio y también muchos recovecos como para soportar el vacío de la existencia inútil.

Javier ha trabajado desde muy joven. Está acostumbrado a la dureza de la vida del taller, y no le da miedo. De hecho, esa es la tarea que le ha encomendado el Padre Coindre. Siente, sin embargo, que el foco de su vida ha cambiado. Se va a comprometer con el trabajo más consecuente que puede hacer un hombre: llenarse de Dios, para que cuando rebose el corazón, llevarlo a los demás.

Los alumnos han ido a sus casas, de vacaciones. El Piadoso Socorro está vacío. Los telares descansan y a su quietud se suman las horas de silencio y meditación de los jóvenes que han decidido ser religiosos. Algunos, como dice San Agustín, ya han corrido mucho, pero fuera de la pista. Ahora tienen delante el trazado que los va a llevar a la meta. En el atardecer, los rayos casi horizontales del sol dorado golpean contra las sedas colgadas y forman reflejos de eternidad.

El Padre Coindre les habla de la pobreza de bienes materiales, de la castidad, solo comprensible cuando se pone al servicio de un bien mucho mayor, y de la obediencia, representada en la tierra por el deseo que le ha manifestado para que sea el guardián de su obra. Javier está decidido a trabajar con todas sus fuerzas para que el Piadoso Socorro sea siempre lo que su fundador ha querido para la obra: un refugio de amor y de fe para todos los niños y jóvenes que están abandonados en la calle, a la intemperie, sometidos a los embates de un mundo inmisericorde, que les niega todo, también les niega a Dios.

Dios os convoca para que os entreguéis por entero a Él y sirváis de refugio a los jóvenes abandonados en las calles de Lyon. De la misma manera que el niño pequeño, asustado, siempre corre en la dirección de su madre, en quien más confía, así estos jóvenes sin trabajo, perdidos, a veces delincuentes, encontrarán en vosotros el refugio de la confianza que vais a encontrar en Dios. Esto es lo que Dios quiere. No hace todavía un mes que estabais haciendo planes para vuestras vidas, pero Dios ha terminado con ellos. ¿Queréis hacer reír a Dios? ¡Contadle vuestros planes!

Hacen los ejercicios en silencio, al modo de San Ignacio. Los siete de Valbenoite y los tres de Lyon establecen la primera relación en el ambiente de serenidad y sosiego de aquellos días sin palabras, casi sin gestos, pero con el conocimiento que dicta la intimidad del corazón. Javier examina su vida. En sus veinte años de existencia ha vivido lo que otros tardan sesenta. Conoce el ambiente campesino de su pueblo, las dificultades para ganarse el sustento diario, la presencia de Dios en los montes desérticos y en los valles frondosos. Conoce las calles alegres de Lyon y la tristeza que las recorre por dentro, los placeres del juego, la bebida, la pasión, y el vacío. Ha conocido la vida laboriosa del taller y la explotación de la miseria, el desamparo de los trabajadores de la seda. ¿Por qué el hombre, destinado a elevarse sobre las nubes para entregar su vida a Dios, cae ante cualquier empuje del primer viento? Ahora es el momento de abrirse a la voluntad de Dios, que entra como una espada, sin prisas y sin pausas. Este es el designio de Dios que se cierne sobre cada uno y llega el momento de decir: ¡Fiat! ¡Hágase! El amor de Dios desciende como una cascada en respuesta al amor del hombre y se multiplica hasta el infinito porque esta es su propia naturaleza, el amor no puede ser estéril.

7. La primera profesión, la entrega en privado.

El domingo 30 de septiembre de 1821, muy de mañana, toman la bajada de la Butte que les conduce a las orillas del Saona. Caseríos y huertas con los últimos frutos del verano. Olor a tomillo y a romero para despertar los sentidos y prepararlos para otras sensaciones más extremas. Llegando al río, las primeras casas de Lyon, los pequeños puertos con barcos de pescadores, el puente de San Vicente, crac, crac, crac, madera vieja, desprendida en algunos lugares, como si fuera de la condición humana que queda a la intemperie. La iglesia de San Pablo, brazo escogido, espejo de todos los electos. Enseguida, el ascenso a Fourvière, domingo con sabor a María, caminos de tierra asentada por tantos que suben a *la colina que reza*.

Once hombres jóvenes, pasos presurosos a pesar de la pendiente, respiración entrecortada, todos juntos, Mélinond, el de los pies torcidos, se queda atrás, pero nunca solo, y un momento de reposo a la puerta de la iglesia.

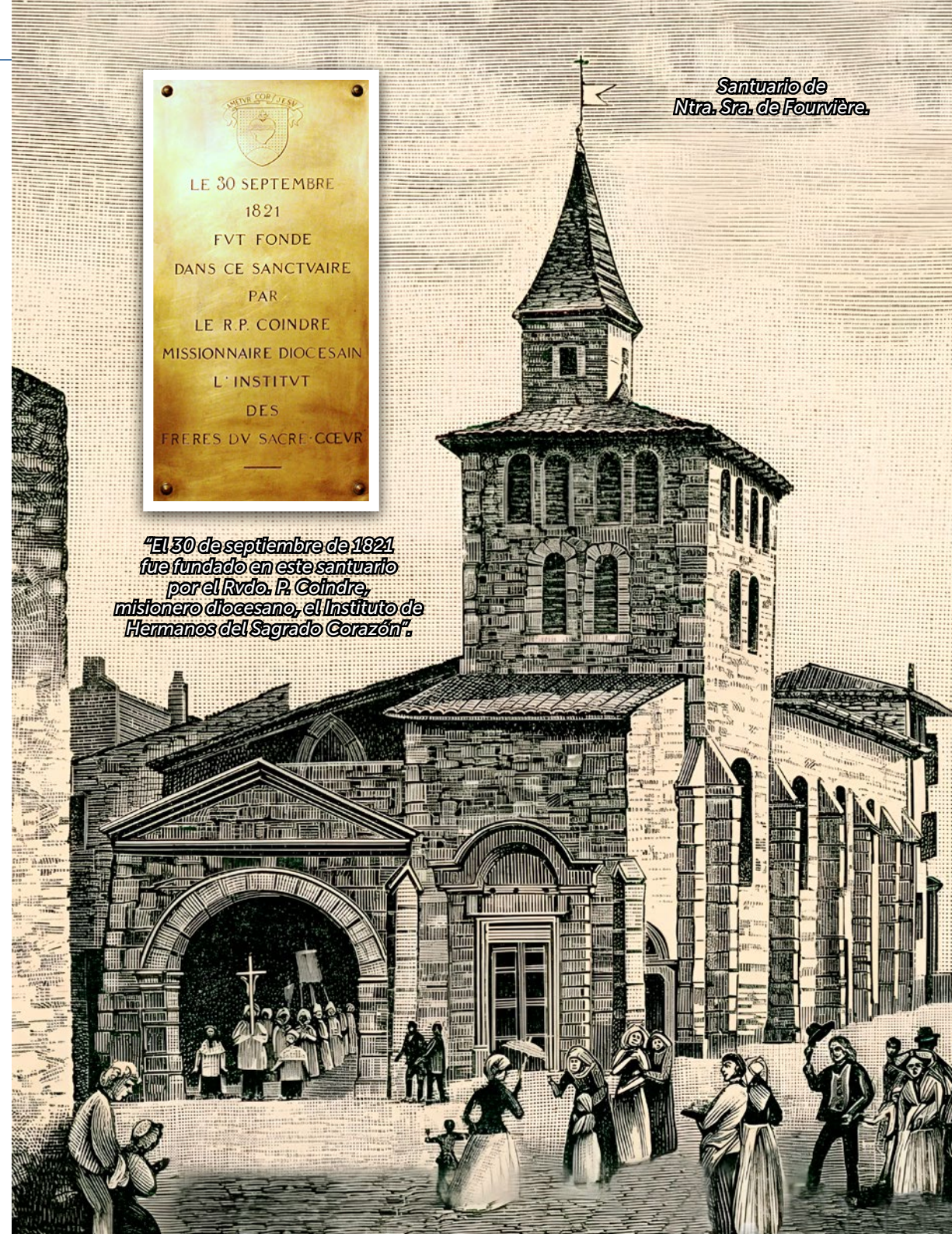
Vamos, dice Coindre a su pequeño ejército, y entran en la iglesia casi desierta a esas horas de la mañana. Algunas mujeres viejas se sorprenden ante la nueva pujanza de la fe. ¡Dios os bendiga! Coindre se reviste para decir la misa. Los jóvenes son conscientes de que, junto al sacrificio del altar, están depositando la ofrenda de su propia vida. Nuevas personas para Dios, que acaban de nacer con un nuevo nombre de recién bautizados. Guillaume Arnaud es el Hermano Javier. Guillet, el mayor de todos, es el Hermano Borgia. Antoine Dufour, 33 años, propietario de una fábrica de cordones, es el Hermano Ignace. Otro de los recién llegados, como el anterior, François Rimoux, es el Hermano Augustin. Y por último, los dos que ya estaban en el Piadoso Socorro antes de que llegaran los de Valbenoite: Claude Mélinond, el joven institutor con problemas de movilidad en los pies, será el Hermano François, y el maestro de escuela, que desea una educación universal y eterna, el Hermano Paul.

Nuestro Hermano Javier medita sobre el nombre que el Padre Coindre ha pensado para él. El del santo español, de la región agreste y fértil de Navarra, el joven soñador, algo pendenciero, estudiante descreído, que se encontró



***"El 30 de septiembre de 1821
fue fundado en este santuario
por el Rvdo. P. Coindre,
misionero diocesano, el Instituto de
Hermanos del Sagrado Corazón".***

***Santuario de
Ntra. Sra. de Fourvière.***



con Ignacio y se le desencajaron las cuadernas de su mundo. Entendió que la obra que le habían encargado era universal y que su nueva patria abarcaba los cinco continentes. Javier, el navarro, recorrió todo el mundo para salvar su alma. Javier, el tejedor, recorre también los cinco continentes de la educación de los jóvenes sin moverse, durante treinta años, del Piadoso Socorro de Lyon, lugar que el Padre Coindre le había encomendado guardar para perpetuar su obra y la obra de Dios, la casa madre de aquella pequeña congregación que estaba naciendo.

Durante la acción de gracias, después de la comunión, Javier y sus compañeros se comprometen con votos privados de castidad, pobreza y obediencia para tres años, de acuerdo a una fórmula que ya habían ensayado previamente durante los ejercicios. De la misma forma que la rosa espera el sol de primavera para mostrar todo su esplendor, esos jóvenes llegan en ese momento a la plenitud de sus vidas, hermosas y sublimes a los ojos de Dios y escondidas de las obras de los hombres. En el silencio de la iglesia de Fourvière, se eleva al cielo el Salve Regina con el que acaba la misa, cantado tan dulcemente que parece resonar entre las sencillas bóvedas, repitiendo en un incansable juego de espejos sonoros, Salve, Regina, Mater, Vita, Spes, el nombre de la bella flor que siempre habrán de invocar durante sus vidas.

A la salida de la iglesia, la vista de la ciudad que se despierta, los dos ríos, las calles tortuosas, los magníficos puentes, la llanura, el comienzo de la Dauphiné y, a lo lejos, la masa rosada del Montblanc y la cadena de los Alpes. Esta es la tierra de misión que han elegido, la observan desde la altura y sueñan con una evangelización universal que va a comenzar desde allí mismo.

Descienden hacia el Saona con la misma rapidez y mayor alegría con la que han subido un par de horas antes. El corto pero exigente ascenso de la Butte pasa como un suspiro, deseando llegar a su casa, al Piadoso Socorro. El desayuno es de pan tierno, sonrisas y bromas. El resto del día está dedicado a la convivencia y la amistad, lleno de pequeños detalles que en su levedad indican que allí está naciendo algo grande.

8. A las primeras de cambio, nos partimos en dos.

La vida de Javier ha cambiado, en pocos días, de forma radical. Ahora se siente completo, uno solo en tres facetas: la relación con Dios, que se manifiesta principalmente en la oración personal, momento de intimidad, del gozo de la realización. La vida comunitaria con aquellos nuevos amigos, compañeros de profesión, confidentes, hermanos. Por último, el servicio a la educación, guardián del Piadoso Socorro para siempre, fiel al encargo del Padre Coindre. También guardián de esos muchachos que necesitan una base donde asentar su existencia, y está dispuesto a poner todas sus fuerzas en una tarea que ha decidido que va a ser para toda la vida.

Javier tiene más relación con los compañeros de Lyon, el Hermano François y el Hermano Paul, con los que ha tenido ocasión de compartir conversaciones y vivencias anteriormente, que con los siete de Valbenoîte, que al fin y al cabo, acaban de llegar. Pero a partir de ahora, todos son igualmente hermanos, la familia voluntaria creada para albergar una comunidad de los nuevos tiempos, una comunidad con vistas al reino de los cielos.

Durante los días siguientes, tiene la oportunidad de sentir la alegría de la fraternidad religiosa y el escalofrío de expectación ante el nacimiento de una nueva congregación. Vuelve a recordar, una y otra vez, la frase de Santa Catalina de Siena que el Padre Coindre les ha mencionado durante el retiro: "Si vosotros sois lo que tenéis que ser, daréis fuego a todo el mundo".

En aquella primera comunidad de Hermanos del Sagrado Corazón, hay diálogo, respeto, caridad. Cada uno, dentro de casa, puede sentirse cordero: los lobos están fuera. La vida religiosa es un paraíso, es posible que algo idealizado, pero gozoso, intenso de convivencia y oración. El Padre Coindre ha reunido a sus hijos para hacerles gustar las delicias que Dios tiene preparadas para los que le aman.

9. En el taller, cada uno tiene su oficio.

La nueva comunidad pasa unos días en una nube de ilusión y compromiso, pero enseguida vuelven los muchachos. Al principio, como hemos dicho, la mayoría de los alumnos son jóvenes que acaban de salir de la prisión, pero a medida que pasan los meses, ingresan chicos que provienen de familias, en general, muy pobres. También hay algunos, muy pocos, por los que sus padres pueden pagar una pequeña cantidad para que aprendan un oficio.

El Padre Coindre ha distribuido las responsabilidades de manera que cada uno asume su parte de compromiso, trabajando en equipo pero sin injerencias que interrumpan la tarea diaria. Hay un fabricante, seguramente un seglar del consejo de suscriptores, que tiene contactos en el negocio de la seda de Lyon. Suele decirse que “el fabricante no fabrica nada, pero sin él tampoco hay fábrica”. Se encarga de buscar los posibles clientes y atender a los pedidos para que el taller no pare la producción. No tiene sobre los alumnos de la providencia el sentido paternal y pedagógico de los hermanos. Prefiere una relación profesional: paga en relación al trabajo que se realiza y no quiere que le vengán con excusas sentimentales.

El Hermano Borgia es el director de la casa. No realiza una tarea manual en el taller, sino que su función es la de hacer de contable, administrativo, comerciante, jefe de personal, y hasta de creativo para las nuevas telas. También se encarga de comprar las materias primas para la fabricación de la seda. Es un hombre serio y acostumbrado al trabajo, muy exigente y algo puntilloso en lo de cumplir las normas establecidas.

El jefe de taller es el Hermano Javier, que está al frente de la labor que se hace cada día. Tiene bajo su responsabilidad a unos quince muchachos ocupados en aprender el oficio que les va a servir de sustento el día de mañana. También dependen de él algunos trabajadores seglares, a sueldo del Piadoso Socorro, que hacen lo posible para que la labor salga adelante sin demasiados contratiempos. Javier es el alma del taller. Los obreros lo respetan porque, en contra de lo que pasa con algunos jefes, él sí sabe de lo que habla cuando tratan de sedas y tejidos. Para los muchachos es el

Al cabo de algunos días, el grupo se divide en las dos primeras comunidades de los Hermanos de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, que este es el nombre que ha pensado el Padre Coindre para su pequeña congregación. Cinco de los de Valbenoite vuelven a su antigua casa, con el Hermano Ignace como director, para dirigir una escuela de la localidad. Por diversas circunstancias, que no merece la pena relatar porque tampoco fueron importantes, enseguida pierden el contacto con la congregación y dirigen su vocación hacia otros derroteros. Menos de un año después de la fundación, desaparecen definitivamente de nuestra historia. Sus nombres, excepto el del Hermano Ignace (Antoine Dufour), no se han conservado.

El Lyon se quedan los tres que ya vivían en la casa antes de la fundación: los Hermanos Javier, François y Paul, y dos de los llegados de Valbenoite, los Hermanos Augustin y Borgia, a quien el Padre Coindre nombra director.

Hay una preocupación latente en la comunidad del Piadoso Socorro: ¿de qué vamos a vivir, nosotros y nuestros muchachos? El taller no va a dar para tanto. Pero el Padre Coindre también ha pensado en eso. Pocos días después de la fundación del Instituto, un amigo de Coindre, el Padre Dufêtre, predica en la iglesia de San Buenaventura de Lyon y, a continuación, se hace una cuestación para el Piadoso Socorro. A la misa asiste lo más granado de la burguesía de la ciudad. Gente rica, pero buena, con ganas de encontrar la grieta de la caridad por donde se cuele el amor de Dios. Después de la misa, se anima a los suscriptores voluntarios a pasar a la sacristía, donde se entrega el formulario de intenciones del nuevo establecimiento, el prospecto; lo ha escrito el propio Padre Coindre.

Algunos comienzan, allí mismo, sentados en los bancos de la sacristía, a leerlo. Lo novedoso de la obra son los maestros que la dirigen: se han comprometido para toda la vida, gratis, sin recibir nada a cambio. No los va a detener ningún obstáculo, porque saben a quién sirven y por qué, por eso mismo, son invencibles. No se confundan, estos maestros son gente sencilla, visten con humildad, y solo buscan trabajar para la gloria de Dios y para los pobres muchachos, para los que pedimos su amable colaboración.

maestro de palabra amable y cercana, siempre preocupado de que cada uno aprenda el oficio y pueda tener un futuro.

Los muchachos recién ingresados trabajan, sobre todo, en devanar la seda. Es la tarea que está en la base de todo el proceso. Los capullos de seda, que se compran a mayoristas y llegan al taller desde las zonas rurales, se sumergen en agua caliente para poder separar el hilo y enrollarlo en una bobina. Este es el primer trabajo, fundamental para todo el proceso, pero que requiere una menor cualificación. A medida que pasan los meses o los años, el devanador asciende en la escala social del taller y pasa a encargarse del hilado y torcido de la seda, es decir, de tomar el hilo continuo que ha conseguido el devanador, combinarlo y torcerlo para ayudar a su uniformidad y resistencia, y así poder ser utilizado en el telar. Después, el hilo se blanquea o se tiñe, de acuerdo a su uso final en distintos tejidos destinados al uso decorativo o a hacer ropa de lujo.

Esta es la forma en la que trabajan todas las providencias de Lyon. Pero no hay ninguna como la del Padre Coindre. El Piadoso Socorro es una providencia para chicos, la primera de la ciudad y seguramente de toda Francia. Hasta entonces, todas las providencias que trabajaban la seda eran exclusivamente femeninas. Nadie se atreve a trabajar con chicos en establecimientos de este tipo porque son, disciplinariamente, mucho más complicados y porque las familias, una vez vencida la situación de conflicto, quieren recuperar a su hijo y los ingresos que puede generar lo más rápidamente posible, antes incluso de que venza el contrato que tienen que firmar al ingreso en la providencia.

Además, las providencias masculinas, en contra de lo que pasa con las femeninas, no producen vocaciones religiosas ni dan lugar a nuevas congregaciones. Solo tenemos noticias de dos congregaciones nacidas en una providencia de chicos: los Hermanos del Sagrado Corazón, en 1821, y los Hermanos de San José, fundados por el abbé Rey en Oullins en 1835, y desaparecidos en 1888.

10. El negocio de la seda en Lyon.

Antes del Piadoso Socorro, el Padre Coindre había fundado o al menos participado activamente en la fundación de dos providencias femeninas. La de San Bruno, establecida en los locales de la Cartuja, que siguió durante muchos años como providencia parroquial, y la de la calle de Pierres-Planteés, donde nacen las Religiosas de Jesús-María, que enseguida se trasladan a Fourvière, al mismo lugar en el que están hoy.

Cuando el Padre Coindre inicia la fundación de sus providencias, el principal negocio de Lyon es el de la seda. Desde 1815 hasta 1830, la población de Lyon pasa de 120 mil a 170 mil habitantes y, de ellos, más de treinta mil viven de la seda. El fabricante de un taller *normal* compra la materia prima y contrata los procesos para que el material esté listo para el trabajo. Pero el fabricante no es el dueño del taller. El jefe de taller es el propietario y trabaja en su domicilio junto a su mujer y sus hijos. También cuenta con trabajadores contratados, los *compañeros*, y con aprendices, que suelen ser chicos y chicas menores de dieciocho años.

El eje de la economía de *La Fábrica*, como se conoce el negocio de la seda en Lyon, se decide entre el fabricante y el jefe de taller. Los fabricantes estudian el mercado, anticipan o crean la moda, llevan la seda hasta los talleres y, por último, hacen los pedidos al jefe de taller, fijando un precio por metro, que se pagará al final de la comanda. Cada fabricante está en contacto con varios talleres y hace los encargos de acuerdo a la especialidad de cada uno. Los talleres de las providencias suelen recibir los encargos menos especializados, tejidos lisos o con diseños poco elaborados. Cuando el trabajo es abundante, las providencias son bien recibidas: cubren una parte del mercado y dejan que los talleres particulares se lleven los pedidos más productivos. Cuando el trabajo escasea, en cambio, las providencias se convierten en una competencia indeseada.

En 1818, la industria de la seda está en su apogeo. Hay en la ciudad dieciocho mil telares. Para poder competir con las fábricas inglesas, se recortan los salarios y la cosa aguanta, mal que bien, hasta 1824. A partir de entonces, se



"Horrible masacre en Lyon".
Ilustración de una revuelta de los canuts frente a la iglesia de Saint-Nizier (9 de abril de 1834).

produce una crisis muy profunda: se ha llegado al límite de la degradación de las condiciones de la clase obrera: salarios insuficientes, prolongación de jornadas, tareas muy penosas para hombres, mujeres y niños.

En esta época, un telar produce, de media, tres francos al día. Hay que deducir el salario de los compañeros, del lanzador, de las devanadoras. Al maestro le quedan cuarenta céntimos, que dan escasamente para comer. El obrero, en su pequeño rincón, trabaja toda la jornada tirando la lanzadera entre los hilos de seda. Es pobre, oscuro, un hombre del suburbio, que de su miseria y su sudor durante toda la jornada logra producir las sedas de oro. De esta vida contradictoria, miserable, indeleble, nace una visión violenta, como si la resignación del pueblo *canut*, como es conocido el trabajador de la seda de Lyon, le predispusiera a la revuelta.

Los momentos más difíciles para el negocio de la seda, y también para las providencias de Lyon, comienzan a partir de la revolución de 1830, también conocida como la revolución de julio. El 21 de noviembre de 1831, los *canuts* se alzan en protestas tras una bandera negra en la que está escrito, "Vivir trabajando o morir combatiendo", es decir, que si el trabajo no les da lo suficiente para vivir, prefieren morir en la lucha. La situación llega al límite en 1840. Lluve durante muchos días, los ríos de la ciudad se desbordan e inundan los telares del viejo Lyon y de los barrios adyacentes. Solo se salvan los negocios situados en la colina de la Croix-Rousse, muchos de ellos providencias, donde no llega el agua. El periódico *L'Echo des ouvriers*, el principal medio de reivindicación de las condiciones de los *canuts* dice: "Mientras que los telares de los padres de familia están parados, los de las providencias siguen trabajando". También hablan de "competencia homicida" que provoca el envilecimiento de los salarios.

La noche del 25 de febrero de 1848, después de la proclamación de la segunda república, una masa enfurecida de obreros asalta una docena de providencias, entre ellas la de las hermanas de Fourvière, y destruye todos los telares. No se trata de una revuelta anticlerical, sino una sublevación que tiene como fondo la competencia desleal que hacen las providencias a los talleres particulares.

La casa de los hermanos de Lyon se libra de la ira de los revolucionarios, porque, para esa fecha, la providencia del Piadoso Socorro había desaparecido y se había transformado en un internado, sin telares ni tejidos que hicieran la competencia a nadie.

11. Perdemos la mitad de los hermanos de un solo golpe.

Hemos visto que cinco hermanos, de los diez de la fundación en Fourvière, marchan enseguida a Valbenoîte para constituir una comunidad encargada de una escuela. No ha pasado mucho tiempo, cuando llegan malas noticias. El Padre Rouchon, párroco de Valbenoîte, se arrepiente de haber cedido la casa a la obra del Padre Coindre. El párroco quiere seguir manejando las cosas por su cuenta y el Padre Coindre ve inevitable la separación: dice que no se puede hacer ningún sacrificio por una casa que quiere ser independiente y que, por otra parte, no aporta nada a la Institución. Así que hace llegar a Rouchon el acuerdo para que recupere su casa, si así lo quiere.

De este modo, por influencia del Padre Rouchon, la comunidad de los cinco de Valbenoîte decide separar sus pasos de nuestra congregación. Estos hermanos comparten vida con nosotros escasamente un mes. Llegan para hacer el retiro y la profesión y, después de pasar los primeros días de octubre en el Piadoso Socorro, vuelven a su lugar de origen. La convivencia es, pues, escasa. Este es el motivo por el que no se conservan sus nombres ni tampoco referencias sobre su vida o profesión. El único del que sabemos algo es del Hermano Ignace, aquel que poseía una fábrica de cordones y que fue el primer superior de la comunidad, nombrado por el Padre Coindre.

Después de algunos intentos de unirse con otras congregaciones, enseguida cunde el desánimo entre los hermanos, y cada uno termina abandonando la comunidad. En Lyon, quedan dos hermanos que han venido de Valbenoîte: el Hermano Borgia, director, y el Hermano Augustin, que será maestro de novicios. Aunque prestan grandes servicios al Instituto, sobre todo el Hermano Borgia, ninguno de los dos persevera hasta el final, con lo que podemos decir que los siete hermanos llegados de Valbenoîte, que hacen la profesión privada en 1821, vuelven, tarde o temprano, a la vida del mundo. Por el contrario, los tres que reclutó el Padre Coindre directamente para el Piadoso Socorro perseveraron hasta el final de sus días.

El Piadoso Socorro queda como la única casa de la congregación. El Hermano Javier ya ha puesto en marcha los talleres y quiere que el trabajo bien hecho y la buena conducta de los alumnos alejen el miedo de los padres a mandar a sus hijos a lo que parece un centro penitenciario. Hemos visto como, al principio, además de los chicos presidiarios, sólo acuden niños muy pobres. Pero en pocos meses comienzan a llegar también algunos alumnos de pago.

Junto a los nuevos alumnos, siguen viniendo jóvenes que quieren ser religiosos. Han sentido una poderosa llamada, ante la que uno no puede hacerse el despistado, para dejar de lado sus proyectos vitales y lanzarse a un camino donde la única luz es la que proviene del santuario de Dios. Los primeros son los Antoine, Barthélemy, Benoît, Bernard, Bonaventure, Louis. Empiezan a construir otra historia, que comienza cada día junto al altar y sigue en la ofrenda de sus vidas y haciendas a Dios.

El Padre Coindre quiere que los hermanos practiquen la modestia y la discreción, la limpieza y el lenguaje correcto. No es una tarea fácil porque son, principalmente, campesinos y gente de poca instrucción, y con costumbres algo toscas, alejadas de los usos ciudadanos. Pero el origen personal o familiar no tiene una importancia decisiva. Por encima de cualquier otra virtud, los nuevos hermanos deben tener estima por su vocación, que es la fuente de la fidelidad. El que no ama lo que está viviendo termina por encontrar, más temprano que tarde, otras fuentes para saciar la sed de su vida.

Entre los primeros hermanos hay tres maestros, dos pasantes de notario, dos estudiantes, un antiguo militar, cinco labradores, tres tejedores, tres carpinteros, dos sastres y un zapatero. El Padre Coindre los encuentra entre los feligreses de sus misiones y, aunque no les pinta el asunto de color de rosa, nada les desanima y, es más, le dice al Hermano Borgia, que los ponga prueba, pero con prudencia.

El Padre Coindre cree que el estado más preocupante de una comunidad religiosa es el de prosperidad de los bienes materiales. No le parece irreparable que haya que cerrar algunos establecimientos por falta de dinero; lo que no está dispuesto a tolerar es que se cierren por falta de virtud y de ciencia de los hermanos.

12. Dos ejemplos distintos de éxito educativo.

Un día llega al Piadoso Socorro un muchacho que se llama Jean Coroy. Es un chico de unos diez años, muy inteligente aunque un poco díscolo. El Hermano Borgia, que ha hablado con la madre, se reúne con el Hermano Javier para explicarle la situación. La madre del muchacho es viuda, y se ha dado cuenta de los peligros que amenazan a su hijo si está todo el día en las calles. La buena mujer se desempeña como lavandera, por lo que su trabajo no le permite atender debidamente a su retoño. Ha oído referencias del Piadoso Socorro y cree que es el lugar adecuado para que el niño logre labrarse un futuro.

El Hermano Javier lo coloca en el taller. El objetivo es, a través del trabajo de cada día, hacer de él un buen cristiano y un honrado ciudadano. Amor, disciplina y emulación de los mejores, mediante el ejemplo de profesores y de alumnos, porque nadie da lo que no tiene, es la receta del éxito. La aventura de Coroy no es extraordinaria porque hay muchos Jean Coroy en aquellos primeros tiempos: son como pequeñas flores que llegan humildes, indignadas y cerradas en sí mismas por el hielo nocturno y que, en cuanto sienten el calor de los primeros rayos del sol, se alzan sobre su tallo, resplandecientes y orgullosas.

Coroy no llega ser un hombre famoso ni rico. Está durante ocho años en el Piadoso Socorro. Es un muchacho modélico. El establecimiento le proporciona, a lo largo de todo este tiempo, los alimentos y el vestido, además de enseñarle los secretos del negocio de la seda. Él tiene su tiempo para el aprendizaje y, después, trabaja en la propia institución. Cuando sale del Piadoso Socorro, además del bagaje imprescindible para la vida, se lleva una buena cantidad de dinero, correspondiente al noventa por ciento del sueldo de lo que le ha correspondido durante esos años. El diez por ciento restante lo ha ido cobrando cada uno de los meses. Se trata de un éxito educativo, porque ha colocado a un hombre en aquel lugar del mundo donde puede ser feliz y hacer felices a los suyos y a los demás. El Piadoso Socorro cumple, de esta manera, con la norma general que debe regir en todas las propiedades de la Iglesia, que solo las tiene en custodia, porque los verdaderos propietarios son aquellos que se acercan y por Dios las piden.

Pero también hay que reconocer que no todas las experiencias con alumnos o trabajadores son tan positivas. Lespinasse es un joven empleado del Piadoso Socorro, muy hábil en el manejo del telar. El Padre Coindre confía en él para la formación de los jóvenes que llegan con ganas de aprender el oficio, e incluso para formar también a los jóvenes hermanos. Pero el pobre Lespinasse es un bueno fingido. Todo el mundo conoce sus verdaderos modos: fisgón e hipócrita, alguien del que uno no se puede fiar. Su falta de sinceridad queda a la vista en cada una de sus acciones, pero él cree tener una fachada convincente. En estos casos, tarde o temprano, se produce un desencadenante que hace caer todo el edificio de la mentira.

Lespinasse se escapa por las noches a vivir experiencias desconocidas de la vida nocturna de Lyon. El asunto no tendría más importancia si no fuera porque su conducta pone en peligro a toda la institución. No hay que olvidar que algunos internos tienen un pasado delictivo y las aventuras de Lespinasse pueden derivar en una causa general contra el Piadoso Socorro. El Padre Coindre encarga al Hermano Borgia y al Hermano Javier un camino de la confianza, consistente en ser claros con el acusado, discretos con los extraños y misericordiosos en la corrección de la falta. Un hecho grave, que podía haber terminado lanzando a Lespinasse a las puertas del infierno, de la justicia o de la calle, es una oportunidad para que el joven pueda seguir creciendo.

La confianza es el criterio, recordado una y otra vez por el Padre Coindre en sus cartas, en las conversaciones con los Hermanos y con los chicos. Hay que confiar en la gente, dejarle espacio para crecer, incluso para equivocarse, si no ponen en riesgo la salud o el bienestar de los demás. La confianza es la moneda de curso legal en el Piadoso Socorro, sabiendo que, en la práctica educativa, habitualmente recibes lo que antes has dado.

13. El Hermano Borgia, director de los hermanos.

Borgia pertenece al grupo que el sacerdote Rouchon dirigía en Valbenoîte. Como todos ellos, es un hombre que ya tiene su oficio, pero busca la presencia más cercana de Dios en su vida. Se había quedado viudo hacía unos cinco años, cuando vivía en la ciudad de Saint-Chamond. A pesar de tener ya cuarenta años y ser padre de una hija, Hélène Marie, de unos diez –colocada en el convento de San José al cuidado de una tía de la niña–, accede a la petición del Padre Coindre para dejar su pueblo, su trabajo como pasante de notario y dependiente textil, y entrar en la nascente congregación. Es un hombre de experiencia, que mantiene intacta la ilusión de la juventud para buscar su verdadera vocación. Sabe de dónde viene y lo que quiere, y ha cerrado la puerta al autoengaño, el voluntarismo y la vanidad, enfermedades comunes en los más jóvenes.

El Padre Coindre ve pronto en este hombre dotes de liderazgo, y le nombra director del Piadoso Socorro y, más tarde, director general del Instituto. Con el Hermano Javier se entiende bien desde el principio porque comparten valores comunes. Borgia es un hombre de carácter, buena persona, buen administrador e infatigable en el trabajo. Juntos gozan de la absoluta confianza del fundador, hasta el punto de que les dice que, cuando tengan que tomar una decisión arriesgada, sigan su propio criterio, que confía plenamente en ellos.

Borgia tiene, sin embargo, dos inconvenientes que van a constituir una fuente de conflicto en su vida y un peligro para su vocación. Como sucede muchas veces con los espíritus austeros y perfeccionistas, que exigen a los demás lo que ya llevan mucho tiempo exigiéndose a sí mismos, es intransigente con alumnos y hermanos hasta alcanzar límites de una rigidez insoportable. Con el paso de los años y del cargo, este problema, en lugar de suavizarse, va a peor: se queja de que los hermanos no dedican tiempo a la propia formación, que son desordenados y perezosos, y que los alumnos se muestran indisciplinados.

El otro problema del Hermano Borgia tiene que ver con la parábola de los talentos. Su visión de la obra del Padre Coindre es muy limitada. Prefiere



El primer hábito del Instituto, tras los votos públicos, consistió en una sotana negra abierta del cuello a la cintura; a cada lado de esta abertura tenía siete u ocho pliegues. Tenía en el pecho un cuello blanco (tipo rabat) y en la espalda un pequeño capuchón, bajo el cual caía un manto negro hasta los talones. En la cintura contaba con un cíngulo de lana negra y un rosario de gruesas cuentas en el lado derecho. Los profesos perpetuos añadían una cruz pectoral de madera y cobre.

conservar lo que tiene entre las manos, que apostar a lo grande. El Padre Coindre se lo dice con enorme delicadeza y caridad: “no lo vea todo bajo el limitado prisma de las cuatro paredes de su casa de Lyon”. Cuando a Borgia le parece que las cosas no avanzan como a él le gustaría, se desespera y quiere tirarlo todo por la borda. Coindre le da una lección de grandeza de miras junto a unas briznas de realismo y paciencia: “Dios empleó seis días para crear el mundo y desembrollar el caos a fin de enseñarnos que se necesita tiempo para todo y que las cosas no marchan nunca tan bien en sus comienzos como cuando están en plena y total madurez”.

El Hermano Javier es el principal apoyo de Borgia en el Piadoso Socorro. Su trabajo se desarrolla en los talleres; este es su lugar de santificación. La presencia de Javier asegura el funcionamiento diario y efectivo de la actividad de la providencia. Con él en la casa, el acompañamiento personal y profesional de los muchachos está asegurado y el Padre Coindre tampoco le pide más en su vida religiosa; quiere que la acción y el amor al trabajo sean su deber de estado.

Si adelantamos acontecimientos, veremos que, mientras vivió el Padre Coindre, Borgia tuvo un referente capaz de librar todas las batallas y ganar muchas de ellas. Pero con la llegada del Padre Francisco Vicente, se encuentra solo y a menudo enfrentado a las decisiones del superior. La muerte de su hija, con escasos veinticinco años, no hace más que aumentar su zozobra. Decide tirar la toalla, no por falta de fe, sino por la desazón constante motivada por su falta de confianza en los demás. La correa de transmisión de la confianza que había surgido del Padre Coindre no encuentra continuidad en el Hermano Borgia, que no vio la manera de tratar a los demás como el fundador lo había tratado a él.

El Hermano Javier se muestra especialmente severo con la retirada del Hermano Borgia. Piensa que el dinero que le ha dejado su hija, unos diez mil francos, puede servir para que Borgia se sienta más seguro. Podría haber sido así, pero, desgraciadamente, las construcciones descabelladas del Padre Francisco Vicente terminan con la paciencia de Borgia. En la misma época, también se retira el Hermano Augustin, el maestro de novicios. Han fallado a la confianza del Padre Coindre, los "dos hombres con los que tanto había contado el padre fundador". Este es el meollo del asunto. Javier ha entregado su vida a Dios y a la promesa que hizo a Coindre para ser el guardián de su obra, y se da cuenta de que no todos son capaces de ser fieles a la confianza que se ha depositado en ellos.

Javier siente estas deserciones como si el traicionado hubiera sido él mismo, porque la defensa del Piadoso Socorro le es tan cercana que está ya dentro de su piel. Disculpa a Augustin porque todavía es profeso temporal, pero Borgia, profeso perpetuo, no tiene perdón.

14. Hermanos François y Paul: bajo el signo de la humildad.

De los diez de la fundación, solo tres hermanos perseveraron hasta el final. Fueron los tres que ya estaban en Lyon cuando llegaron los de Valbenoite: los Hermanos Javier, François y Paul.

Se dice muchas veces que la prueba fehaciente de que alguien va creciendo en vida interior es la dulzura de carácter, la amabilidad. Este es el caso del Hermano François. Claude Mélinond. Había hecho la primera profesión en Fourvière con veintidós años. Es un hombre amable y sencillo, encargado de la portería del Piadoso Socorro. No puede hacer un trabajo que exija mucho movimiento porque, recordemos, tiene una dificultad en los pies que le impide caminar con soltura. Los alumnos le gastan bromas abusando de su inocencia, pero sin ir nunca más allá, porque todo el mundo sabe que a las almas protegidas por Dios no se les debe molestar. Esta dolencia física en los pies no es más que una muestra evidente de la paradójica ternura con la que Dios cuida a sus preferidos. Para Javier, el Hermano François es el hombre que representa la paz en medio de la tormenta y a quien acude para desahogar sus penas cuando el comportamiento de los alumnos en el taller rebosa los cauces de lo permitido. Allí está el Hermano François, siempre con la sonrisa dispuesta, en la puerta, lugar fundamental para ofrecer aquello que el Padre Coindre ha dispuesto en las reglas de los hermanos: "que nadie salga descontento de vuestra casa, aunque sea el último de los pobres que viene a importunarnos".

El 9 de marzo de 1823 es un día especialmente duro en el Piadoso Socorro: muere el primer Hermano del Sagrado Corazón, el Hermano Paul, François Porchet. Llega a la casa en 1820 como institutor de los alumnos. Enseña escritura, lectura y cálculo a aquellos jóvenes salidos de prisión, totalmente analfabetos. En su momento, acepta la invitación del Padre Coindre para entrar a formar parte de la congregación. A pesar de su mermada salud y la disminución física que le impide servirse de un brazo, está siempre dispuesto a ayudar en todas las tareas y se muestra obediente a las indicaciones del Padre Coindre y del Hermano Borgia. Vive su vocación religiosa con una intensidad

enorme, como si la vida se le fuera a gastar pronto. La tuberculosis va, poco a poco, mermando sus fuerzas, hasta que termina postrándole en el lecho. Desde allí, anima a sus compañeros y se prepara para un final que no se prevé tan cercano, pero a veces Dios se apresura a reclamar a sus elegidos, y el Hermano Paul es llamado al cielo en una noche de marzo, llena de esplendor, que añade al firmamento una estrella más.

Los padres del Hermano Paul, que viven en Lyon, encabezan el cortejo fúnebre del joven religioso. El Padre Coindre oficia la misa de difuntos. La comunidad de hermanos es consciente de que toma el relevo en la tierra de lo que el Hermano Paul ha dejado pendiente. Participa con él en las buenas obras y sacrificios que tuvo en esta vida, se encarga de hacer el bien que dejó iniciado, asume el reto de que no perezca su recuerdo y reza por su eterno descanso. "Queridos Hermanos, esto es lo que aguardáis, esto es lo que esperáis, esto es lo que os sostiene, lo que os fortifica, lo que os compromete", termina la homilía el Padre Coindre, animando a los atribulados Hermanos del Sagrado Corazón.

La pérdida supone un duro golpe para toda la comunidad del Piadoso Socorro. El Padre Coindre está desolado y siente el duelo como el de un hijo. "Haga a ver a los hermanos el gran cariño que les tengo a todos ellos y cuánto cuento con su perseverancia y con sus oraciones", había escrito al Hermano Borgia, pero no es más que uno de los innumerables testimonios que muestran la solicitud del fundador por sus hijos.

Estos dos humildes hermanos, junto con el Hermano Javier, son nuestros tres primeros hermanos, y los tres que perseveraron en su vocación hasta el final. Si hay un denominador común, un legado que recorre las venas de nuestra congregación, es la humildad de sus horizontes, sus oficios y sus vidas. Fueron muy grandes a los ojos de Dios, humildes y sencillos a los de los hombres. Gente de poca importancia, que dicen los necios.

15. La profesión pública de los votos.

El 20 de octubre de 1824, Javier está citado en la ciudad de Monistrol, a unos noventa kilómetros de Lyon. Allí, desde hace algún tiempo, transcurre la vida del Padre Coindre, que ha establecido la base de operaciones para su labor de misionero. Ha abierto un noviciado y una escuelilla para que los hermanos hagan sus primeras prácticas. En la misma ciudad, ha fundado su tercera congregación, los Padres del Sagrado Corazón, dedicados a predicar misiones en los pueblos y ciudades de esta región del Loira.

Los Hermanos del Sagrado Corazón acaban de ser autorizados por Monseñor de Bonald, obispo de Le Puy. Monistrol, dentro de la diócesis, es un buen lugar para hacer las profesiones religiosas. Nueve hermanos van a hacer su primera profesión propiamente dicha, de votos públicos. Ocho de ellos pronuncian sus votos el día 14 de octubre. El Hermano Javier no está en ese grupo. Se ha quedado en Lyon a cargo, cómo no, del Piadoso Socorro. A pesar de que no está físicamente con sus hermanos, su presencia es de autoridad y compromiso. Siendo un hermano dedicado a los trabajos manuales principalmente, sorprende que tenga tal ascendiente entre sus compañeros. Cuenta con el aprecio de todos por su entrega, capacidad de liderazgo, espíritu religioso y servicio a los demás.

En el primer capítulo general, celebrado el mismo día 14 de octubre en Monistrol, el Hermano Javier, todavía en Lyon, es elegido primer asistente general, la tercera autoridad del Instituto tras el Padre Coindre, superior, y el Hermano Borgia, director de los hermanos.

El día 20 de noviembre, Javier ya está en Monistrol. Comienza la eucaristía, donde se va a comprometer, por primera vez, mediante votos públicos. Han pasado tres años desde su primera profesión en Fourvière y ahora es el momento de proclamarlo a los cuatro vientos, delante de la comunidad, en medio de las gentes, en la capilla del colegio, la capilla de San Luis, llena de hermanos e invitados. Se levanta pausadamente y acude frente al altar, donde está el Padre Coindre para recibir su ofrenda, y con voz alta y clara comienza a decir:

Je soussigné frère Xavier né Guillaume Arnaud fils
légitime de Joseph Arnaud et de Marie Davain natif de
St. Julien des Alpes âgé de 23 ans fait
foi et certifie que par la grâce de Dieu après avoir été
éprouvé dans le noviciat pendant 2 ans durant lesquels
ayant pratiqué les exercices et observé les règles des frères des
St. cœur de Jésus et de Marie ai fait aujourd'hui 20 novembre
1824 volontairement et librement profession entre les mains de
Notre Père Supérieur M^r. Coindre dans la chapelle des
Pères du saint cœur de Jésus à Monistrol en faisant les vœux
simples de pauvreté, de chasteté et d'obéissance pendant
trois ans dans la dite Congrégation selon la règle de St.
Augustin et la constitution de St. Ignace en présence
du frère Augustin maître des novices en foi de quoi
nous avons signé

frère Xavier
Coindre

– Yo, Hermano Javier, nacido Guillaume Arnaud, hijo legítimo de Joseph Arnaud y Marie Davain, natural de Saint-Bonnet, capital del cantón, departamento de los Altos Alpes, de veintitrés años de edad, doy fe y certifico, por la gracia de Dios que, después de haber sido probado en el noviciado durante dos años, durante los cuales he practicado los ejercicios y observado la regla de los Hermanos de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, hago hoy, 20 de noviembre de 1824, profesión voluntaria y gratuita en las manos de nuestro Padre Superior, el Padre Coindre, en la capilla de los Padres del Sagrado Corazón de Jesús en Monistrol, haciendo los votos simples de pobreza, castidad y obediencia durante tres años en la Congregación según la Regla de San Agustín y las Constituciones de San Ignacio, en presencia del Hermano Augustin, maestro de novicios que da fe de lo que hemos firmado.

Javier tiene veintitrés años. El niño que miraba pasar las nubes en un pueblo de los Alpes se ha convertido en un hombre que se ha puesto a soñar con proyectos eternos, donde muchachos que han perdido, tan jóvenes, la ilusión de alcanzar la felicidad, encuentran un guía en el camino que les dice que también tienen derecho a soñar y a echar un lazo a las esperanzas de su futuro.

Después de la ceremonia se respira un ambiente de euforia. Ya son casi cuarenta hermanos en el Instituto. Los novicios han llenado la casa de Monistrol y hay que pensar en trasladar la escuela, que compartía espacio con el noviciado, a otro lugar.

Al día siguiente, el Hermano Javier y el Padre Coindre parten para Lyon. Las charlas que Javier se ha perdido durante el retiro, las escucha en la incómoda y ruidosa diligencia. Solo tiene oídos y mente para las palabras y consejos de ese buen sacerdote que lo ha arrancado de la tierra y lo ha llevado a las puertas del cielo, aunque en el camino se haya encontrado la difícil tarea de enseñar aquellos niños y jóvenes que lo esperan, mañana mismo, en Lyon.

**Acta de la profesión religiosa de Guillaume Arnaud, Hno. Javier,
el 20 de noviembre de 1824 en Monistrol.
Conserva su firma y la del P. Andrés Coindre.**

16. Tres claves de nuestra primera pedagogía: emulación, pragmatismo y, sobre todo, fe.

Cuando al Hermano Javier le llega un alumno nuevo, lo coloca en la primera sección del Piadoso Socorro. Allí están los muchachos que no han recibido ningún tipo de instrucción y, por tanto, tampoco han hecho la primera comunión, que es el primer hito sacramental para el que se preparan los alumnos del centro. En esta primera sección, los chicos reciben lecciones de lectura, escritura y catecismo, y en el taller hacen trabajos menores como el devanado de la seda y otras tareas preparatorias al uso del telar y la fabricación de los tejidos.

Una vez que cada uno ha culminado su periodo preparatorio en la primera sección, pasa a la segunda, donde continúan las clases de escritura, a las que se añaden las reglas de aritmética y lecciones de catecismo más elaboradas que las anteriores, que eran puramente memorísticas. Pasan también a un trabajo de aprendizaje en los telares, fabricando telas con diseños cada vez más cuidadosos. Cuando ya han mostrado su pericia, se les asigna una tarea, la confección de un tejido que tendrá la suficiente calidad para ser puesto a la venta, normalmente por encargo de algún cliente.

Esto, que hemos descrito en pocas líneas, es un proceso que puede durar varios años. Cuando los alumnos han dejado de ser aprendices, unos tienen la soltura necesaria como para manejar un telar, y otros orientan su camino hacia la educación y dan lecciones de lectura, escritura y cálculo a los más jóvenes o enseñan las cuestiones básicas para desenvolverse en la vida, nociones de higiene, alimentación, vestido y economía.

Uno de los puntos pedagógicos fuertes del Piadoso Socorro, hoy prácticamente en desuso en los manuales de educación, es la imitación de los mejores, la emulación: que los alumnos aprendan mirando a los buenos. La entrega de premios es el culmen del ejercicio de emulación. El Padre Coindre participa en varias de ellas y exige algunos requisitos para estar presente: "que repasen el catecismo y los evangelios, y que aprendan uno o dos diálogos de Jules Chrétien sobre temas que no hayan sido recitados en años anteriores".



En el Piadoso Socorro, cuando los alumnos han dejado de ser aprendices, tienen la soltura necesaria como para manejar un telar.

No cabe duda de que el fundador es un convencido de las ventajas de este método. Está a favor siempre de los premios, pocas veces los castigos, y nunca con sanciones humillantes o desproporcionadas. "Estimule a todos premiando a Mercier; dígame que le aprecio mucho y que deseo que los demás no reciban nada hasta que le superen". En otra ocasión: "Felicitó a César por haber avanzado tanto y le invito a continuar. Este año, daremos los premios en el mes de agosto. Le prometo un reloj de plata si sigue así".

Otra de las prácticas pedagógicas importantes que a veces se ha olvidado entre los hermanos, es el pragmatismo. La educación no va dirigida a ángeles, sino a niños y niñas, hombres y mujeres que viven en un lugar determinado, con unas circunstancias distintas, sometidos a avatares vitales, a las pequeñas alegrías y tristezas que deciden nuestra existencia diaria. Coindre es perfectamente consciente de esto y expone en dos líneas uno de los principios pedagógicos que no debe olvidar nunca el maestro al entrar en el aula: "No pidamos nunca a los hombres más de lo que son capaces. Utilicemos, en la medida de lo posible, lo que tienen de bueno y contentémonos con eso".

17. Los maestros nuevos.

La otra clave pedagógica son los docentes. El Padre Coindre se esfuerza en comunicar que nuestros maestros son *nuevos*, que no están manchados por la falta de profesionalidad y, sobre todo, por la falta de fe, tan frecuentes entre los profesores de la época. Son maestros a tiempo completo, un ejercicio que requiere dedicación exhaustiva.

El nuevo maestro no es solo un maestro del aula, sino de todos los espacios donde están los alumnos. Decir que la clase, el aula, es el espacio preferente de la educación no es del todo falso, pero es falso. El niño que está formándose no puede distinguir entre espacios idóneos o inconvenientes para construir su persona. El maestro no puede pretender que su tarea educativa termina en el aula, y que los pasillos, las escaleras, el deporte, las excursiones, pertenecen a un negociado distinto.

Desde 1821 tenemos un documento pedagógico y organizativo que, pese a su brevedad, explica fielmente el modo concreto de hacer que tienen los profesores, maestros y vigilantes del Piadoso Socorro. Son las llamadas *Reglas para los vigilantes*, escritas por el Padre Coindre. Los lugares de educación se concretan en los tres espacios donde los chicos pasan el mayor tiempo: las aulas, el comedor y el recreo.

El objetivo del profesor en las aulas, o en las salas de estudio, es actuar para que los alumnos aprovechen bien el tiempo. Para ello el profesor, dice Coindre, debe colocarse en un lugar fijo donde pueda ver todos los movimientos de los alumnos y, bajo ningún pretexto, dejar solos a los chicos o permitirles salir del aula sin autorización expresa. Coindre sabe que si sus maestros entran en clase convencidos de la responsabilidad que tienen con el aprendizaje, los resultados van a ser mucho mejores, incluida la satisfacción de los chicos con su propia educación.

En el comedor, el profesor debe enseñar a comportarse en la mesa, a tomar la comida con la educación y corrección propias de jóvenes cristianos. En aquellos tiempos, era costumbre que uno de los alumnos, por turno, leyera

Pero no hay que perder de vista, que lo más importante de la obra, como repite y una otra vez el Padre Coindre, es la religión, la fe. El Piadoso Socorro es una escuela de fe. El perfil de salida, como se dice ahora, es el de un muchacho que sea “un buen cristiano y un buen ciudadano”, en este orden, si se puede establecer un orden entre estas dos exigencias. Coindre ha visto los estragos de la pobreza, el desempleo y el pillaje en las calles de Lyon. La situación de los niños niñas es para él una preocupación constante que le supone energía, tiempo y dinero. Pero todavía es mucho más penosa la situación religiosa de las gentes. La responsabilidad de las élites revolucionarias, que han dejado a los más desfavorecidos sin pan y sin Dios, es enorme. Escribe: “Vosotros habéis oscurecido esa antorcha en los corazones, pero no la habéis apagado del todo; y eso es tan cierto cuanto que, cuando en grandes circunstancias puede reaparecer, proyecta enseguida un nuevo resplandor”.

Querer alejar a Dios de la vida de los hombres no solo significa el suicidio espiritual, sino también la ruptura social. “La religión no reina [...] Mas, ¡qué silencio!, ¡qué estupor! Veo las prisiones: ya no hay nadie para visitarlas. Veo los hospitales: ya no hay muchachas cristianas para atenderlos. Veo a los pobres: ya no hay cristianos para socorrerlos. Veo a una juventud ignorante: ya no hay sacerdotes para instruirla, ya no hay almas fervorosas para dirigirla. Veo a la gente sencilla de los pueblos: ya no hay pastores para formarla. Veo a los ricos de las ciudades: ya no hay religión para contenerles. Veo a los príncipes de la tierra: ya no hay Dios para detenerlos. ¡Ah!, ¿qué va a ser de este mundo?”.

durante la comida; un uso procedente de la tradición monástica. Permitía un ambiente de orden, silencio y buena educación. No parece que esa práctica se deba implantar hoy en día, pero enseñar corrección en la mesa y cortesía en cualquier sitio tendría que estar incluido en todos los programas educativos. La cortesía es el pórtico por el que un hombre o una mujer pone de manifiesto su buena educación y la ofrece a los demás como regalo.

En el recreo, sigue diciendo el Padre Coindre, es preciso tener siempre a la vista los chicos, porque es un medio para conocer bien a los alumnos, permite establecer una relación más cercana, y puede dar valiosas pistas sobre el carácter y el comportamiento del alumno. No hay que dejar escapar nada de lo que un muchacho dice o hace en el recreo.

Dice el refrán español que en la mesa y en el juego se conoce al caballero. Si uno aspira a ser un profesor completo, Coindre piensa que tiene que estar en el patio, cuanto más mejor. Es bueno para él, porque tiene la posibilidad de conocer mejor a sus alumnos. Es bueno para el alumno, porque, muchas veces, las trayectorias escolares más satisfactorias han nacido de una palabra, un gesto de ánimo, un lance de juego que se ha producido en el recreo. Relacionarse con el profesor fuera del aula puede parecer poco o nada importante para los adultos; para los alumnos, en cambio, según innumerables testimonios, es vital.

Pero si encontramos algo sorprendente en estas reglas para los vigilantes, es el tema de la corrección de las faltas. Uno tiende a pensar que en aquellos tiempos posrevolucionarios, con tantos problemas sociales y tantos muchachos al borde de la delincuencia o sumidos en ella, la corrección de las faltas, los castigos, resultaban exigentes y hasta violentos. Nada más lejos de la realidad, al menos en el Piadoso Socorro. Extraemos algunos párrafos concretos que aparecen en esta primera regla pedagógica de los hermanos:

“No reprenderá jamás a un chico en alta voz. Lo hará en voz baja cuando sea absolutamente necesario, y para ello abandonará su puesto para acercarse a los que estén en falta”.

“Sería deseable acostumar a los chicos a que bastase la sola mirada del maestro para rectificar su conducta; de este modo se evitaría molestar al resto”.

“Si un chico, debido a su indocilidad o por otra causa, molestase a sus compañeros, le advertirá caritativamente para que deje de hacerlo”.

“Observará bien a los chicos durante todo el tiempo de la comida, reprenderá en voz baja a quienes se lo merezcan”.

Está claro que para el Padre Coindre hay dos reglas ineludibles en el comportamiento de los hermanos con los alumnos, a veces olvidadas en nuestra práctica educativa: mansedumbre y humildad.

Decía lo mismo, con cierta sorna, aquel famoso escritor inglés: las tres cosas más importantes de la vida en nuestro trato con los demás son: sea amable, sea amable y... sea amable.

18. Las cartas del Padre Coindre: la esperanza llega por correo.

Al Padre Coindre no le queda otro remedio que comunicarse con los hermanos por carta. No ha pasado un mes desde la fundación del Instituto, y ya está en la región del Loira, en Saint-Didier-sur-Rochefort, a más de cien kilómetros de Lyon. Ha estado con los hermanos del Piadoso Socorro un poco más de tres semanas y, en ese periodo, también ha preparado y presidido en Fourvière la asamblea de la Piadosa Unión, una asociación de mujeres comprometidas con la caridad. Poco tiempo para dedicar a sus nuevos hijos espirituales

Las cartas pasan a ser el medio de comunicación habitual del Padre Coindre con los hermanos, y lo serán durante los años que le restan de vida. Cuando tiene un periodo de descanso entre sucesivas misiones, alterna las visitas a las religiosas de Jesús-María con la vida en el Piadoso Socorro, que continúa siendo su residencia en Lyon. Con una existencia tan ajetreada como la del Padre Coindre, uno podría pensar que la preocupación que expresa en sus cartas es de carácter general, pero, por el contrario, quiere conocer todos los detalles de la vida diaria, la admisión de los chicos, las noticias del consejo de suscriptores, la atención que se presta a los bienes y personas.

El Padre Coindre no tiene tiempo para estar con los hermanos, pero no los abandona. Mediante sus cartas, logra mantener el entusiasmo y la confianza que ha provocado con sus palabras. Suponemos la expectación gozosa con la que se esperan las cartas del Padre Coindre, y a los hermanos de la casa reunidos a la luz de las velas del descanso nocturno, con los alumnos ya en la cama, leyendo y relejendo unas líneas llenas de humanidad y ternura.

Conservamos veinticuatro cartas de Coindre, veinte están dirigidas al Hermano Borgia, dos al Hermano Bernard, procurador general, una Hermano Louis, tentado a abandonar su vocación, y una a las religiosas de Jesús-María. Las dos cartas al Hermano Bernard podemos decir que son administrativas y, tanto la del Hermano Louis como la dirigida a las religiosas, se pueden llamar doctrinales.

fourvière. au cas que la ville ne put pas donner le
logement. vous lui demanderiez des autres frères de plus par amour
pour payer le loyer et vous cherchiez dans la ville
quel appartement pourrait convenir. Si vous éprouviez quelque
difficulté pour le tout ne précipitez rien. écrivez m'en au puy
et partez par le plus court chemin pour Lyon afin d'aller
visiter l'établissement de fontaine et de presider aux
réparations. veuillez affirmer à Monsieur le curé de Mon
respectueux dévouement et dites lui que les instances réitérées
de M. le Bonhomme, et de M. Vidal grand vicaire.
et de Monsieur l'évêque m'ont déterminés à aller
envoyer express pour lui donner la consolation et l'affirmation
de voir de ses propres yeux se fonder l'établissement qu'il
avait projeté. portez avec vous un prospectus et cette lettre
le tout vous servira de garantie. Si vous aviez besoin de
conseil Monsieur arnal vicaire de St Etienne qui a vu M.
le curé de blaise il n'y a pas long temps. en son absence
M. le curé de St Etienne ou M. Deranger qui connaissent
ma signature pourront vous être utiles. tout à vous
Mon cher et bien aimé frère

Votre frère M. J.C.

Le puy le 7 août 1825.

Coindre

Las cartas eran el medio de comunicación habitual del P. Coindre con los hermanos.
Quería conocer todos los detalles de su vida diaria.

No hay más cartas del Padre Coindre. En el incendio provocado en la providencia de las hermanas de Fourvière en 1848, y del que hablaremos más adelante, se quemó la numerosa correspondencia con Claudina Thévenet y, seguramente, las cartas que el Hermano Borgia y otros hermanos habían enviado con las más variadas peticiones. Es muy posible que, entre ellas, también hubiera alguna carta de nuestro buen Hermano Javier.

El Padre Coindre pide al Hermano Borgia que le escriba al menos dos veces por semana, contándole los más mínimos detalles. Se muestra siempre pendiente del Piadoso Socorro y también del resto de las obras. Está atento a las inquietudes, los temores y las alegrías de los hermanos. Él también da información sobre las misiones que está predicando, y cuenta cómo ha sido recibido en Pradelles, los fervorosos fieles que ha encontrado en Le Monastier, la apertura de la escuela de Blesle, o la forma en que los hermanos dan clase de catecismo en Fontaines.

Manifiesta su alma de orador y de apóstol. Son cartas dirigidas a sus hijos, donde utiliza metáforas tomadas de la vida campesina, las tareas del labrador, las flores de la primavera. También usa con profusión términos militares, seguramente deudores de las obras de San Ignacio. Le gustan las frases redondas, "ánimo y confianza, este es mi lema"; "santidad, actividad y trabajo, y todo estará a salvo"; "trabajo, ánimo y perseverancia".

En la despedida siempre se acuerda de saludar cariñosamente a los hermanos, a su madre y a su hermana, Marie-Marthe, que vive en el Piadoso Socorro desde que, en 1820, se quedó viuda de François Pallière.

Para el Hermano Javier, las cartas del Padre Coindre son el refugio espiritual en el que se alimenta su vocación. Muchas las conoce casi de memoria, especialmente aquellos escasos lugares en los que sabe que se dirige directamente a él, a Javier.

Suponemos que, durante muchos años, el Hermano Javier meditó, una y otra vez, con las cartas del Padre Coindre. Para no olvidarlas y tenerlas siempre a mano, hizo una copia, de su puño y letra, de las veinticuatro cartas que conservamos. En las memorias del Hermano Javier hay muchos pasajes literales tomados de las propias cartas.

19. La nueva escuela democráticas: la enseñanza simultánea.

El Piadoso Socorro es también el germen de nuestras primeras escuelas. A partir de 1823, Coindre comienza a abrir escuelas rurales, a petición de las parroquias o los ayuntamientos donde ha predicado misiones.

Al Piadoso Socorro continúan llegando jóvenes, en su mayor parte campesinos, que desean abrirse paso en el mundo de la vida religiosa y la enseñanza. Hay poca competencia, porque los Hermanos de las Escuelas Cristianas, los de La Salle, ofrecen la educación más distinguida de la época, orientada a los hijos de las clases medias y de los pequeños burgueses. Los hijos de los campesinos no tienen posibilidades de una formación de calidad. Ahí es donde nos quiere el fundador.

El Padre Coindre pide al Hermano Borgia y al Hermano Javier que apresuren la formación de los hermanos que se van a dedicar a la enseñanza. El currículo para la educación de nuestros maestros no es muy exigente. Antes de marchar, se les pide que sepan el catecismo, y leer y escribir de forma correcta; tienen que saber bien lo que después tendrán que enseñar a los alumnos. Se insiste, eso sí, en una fe sólida, modales educados y una valía personal que les permita ser el espejo donde puedan mirarse los chicos.

Los hermanos que se están formando en el Piadoso Socorro para dedicarse a la educación tienen una especie de becas de estudio, muchas veces conseguidas por el propio Padre Coindre, que después deben sufragar con su trabajo. Para calcular los gastos del noviciado, se toma el gasto del conjunto y se divide por el número de novicios. Una vez que el hermano marcha a una escuela a enseñar, se entrega al director de la comunidad unos pagarés que debe satisfacer en las fechas fijadas. Si el hermano cambia de establecimiento, su deuda no viaja con él, sino que se queda en el primer destino, con la condición de que esa casa reciba a un hermano que no tenga la deuda de estudio.

El método de enseñanza de nuestros hermanos es el mismo que el de las escuelas de La Salle, es decir, la enseñanza simultánea. Consiste en colocar en



Los Hermanos de las Escuelas Cristianas perfeccionaron el método de la educación simultánea de alumnos de la misma edad y nivel. En la imagen, San Juan Bautista de La Salle (1651-1719), su fundador.

la misma aula alumnos de la misma edad y nivel académico para enseñarles al mismo tiempo, con el mismo contenido y similar grado de dificultad. Esto, que hoy nos parece lógico y evidente, y está extendido por todo el mundo, se acababa de inventar en aquella época y los Hermanos de la Salle eran los campeones de la enseñanza simultánea, que estaba dando unos resultados espectaculares. La enseñanza individualizada, que había triunfado entre la nobleza, y la enseñanza mutua de la clase burguesa estaban a punto de desaparecer. La educación para todos, el aprendizaje democrático acababa de estrenarse en las aulas.

Las condiciones que pone Coindre para la llegada de los hermanos a una localidad son que se les ofrezca alojamiento y mobiliario conveniente. Además de los alumnos habituales, también reciben novicios desde los dieciséis años, con un periodo de prueba de dos años. Éstos tienen que pagar sus gastos. Si en los dieciséis primeros meses de estancia han conseguido los conocimientos para ser institutor, se les perdona la mensualidad de los últimos ocho meses. A los novicios se les pide espíritu de piedad, amor a la pobreza y obediencia, carácter amable y sociable, buena salud, aptitud para enseñar o ejercer cualquier oficio que pueda beneficiar a la comunidad.

A veces los hermanos que son enviados desde Lyon no cubren las expectativas que los pueblos demandan. En 1824, en diciembre, el Padre Coindre recibe un correo de Monseñor de Bonald quejándose de que los hermanos que ha enviado a Pradelles hablan en dialecto y apenas saben hablar francés. Le pide que, para la próxima vez, los escoja bien, porque esto es imprescindible para la buena fama de un Instituto que está naciendo.

En otras ocasiones, sin embargo, también hay peticiones que invitan al optimismo. En 1827 el alcalde de Largentière pide información sobre los hermanos que llevan esas escuelas tan buenas. Quiere tener en su pueblo la misma congregación, porque ya han tenido a los Hermanos de la Salle y en el municipio no han quedado satisfechos.

En las primeras fundaciones de escuelas, suele haber cuatro hermanos: el director, el encargado de la clase de los mayores (escritura cálculo y gramática), el de la clase de los pequeños (lectura), y un hermano auxiliar o cocinero. En el Piadoso Socorro, por supuesto, hay más personal porque las necesidades son distintas.

20. El Padre Coindre se marcha a Blois. ¿Por qué?

Estamos en 1825, y hace tiempo que el obispo de Blois, Monseñor de Sauzin, necesita sacerdotes para dirigir el seminario. Primero pide ayuda a Monseñor de Pins, administrador apostólico de Lyon, y ante la negativa de este a desprenderse de ningún sacerdote de su diócesis, se dirige al propio Padre Coindre, que está en Monistrol. Monseñor de Sauzin ya conoce a Coindre; ha predicado con éxito, como casi siempre, la misión de Blois a principios de 1824. El Padre Coindre no puede ofrecerse como voluntario porque en Monistrol tiene muchos compromisos:

Están los Padres del Sagrado Corazón, su tercera congregación, fundada en 1822, que sigue creciendo en número e influencia dentro de la región.

Están las religiosas de Jesús-María, que abrieron colegio e internado, y también ayudan en las demás obras del Padre Coindre. A petición del propio obispo, Monseñor de Bonald, en 1825 acaban de trasladar su comunidad a la capital del departamento, a Le Puy, para continuar allí la ejemplar labor que monseñor ha visto con sus propios ojos.

Están los Hermanos del Sagrado Corazón. Tienen un colegio excelentemente gestionado y un internado igualmente próspero. El noviciado tiene tantos aspirantes que ha sido necesario comprar otra casa, la llamada casa Pagnon, para hacer frente a todas las solicitudes.

Así que el Padre Coindre piensa en ofrecer para el seminario de Blois a su mejor colaborador entre los misioneros: el Padre Romain Montagnac. Esta gestión se detiene cuando el obispo, monseñor de Bonald, no acepta la propuesta; dice que no quiere perder para su diócesis de Le Puy a un sacerdote tan valioso como el Padre Montagnac. Entonces, sorprendentemente, el Padre Coindre se ofrece él mismo para ir a Blois.

Esta decisión es, a todas luces, incomprensible. Monseñor de Bonald conoce al Padre Coindre desde hace muchos años. De Bonald, perteneciente a una de las familias aristocráticas más importantes de Francia, había llegado a



Lyon como joven sacerdote acompañando al cardenal Fesch en calidad de secretario. Es de la misma edad que Coindre, han conversado muchas veces, y el obispo lo aprecia y sabe de su valía. Entonces, las preguntas surgen por sí solas. ¿Por qué de Bonald no quiere perder al Padre Montagnac y acepta, en cambio, que sea Coindre el que se vaya? ¿Por qué Coindre se propone él mismo para salir de Monistrol sabiendo el sentimiento de abandono y orfandad en que va a dejar a sus tres congregaciones?

Aunque es posible que no sepamos nunca la verdad, podemos adelantar dos hipótesis, no excluyentes entre sí, de lo que realmente ocurrió.

Monseñor de Bonald necesita sacerdotes para las parroquias de su diócesis. Como, de momento, no tiene vocaciones suficientes, ha pensado reclutarlos de la nueva congregación del Padre Coindre. Sabe que con esta decisión pone en grave riesgo a la congregación de misioneros, pero prefiere una presencia continua de sacerdotes en las localidades de la diócesis que el trabajo intenso, pero esporádico, de los misioneros. También tiene un plan para el futuro; quiere que los jesuitas de Vals se hagan cargo de las misiones,

por lo que podrá prescindir en poco tiempo de los Misioneros del Sagrado Corazón, la congregación del Padre Coindre.

Así que monseñor de Bonald comienza a nombrar misioneros del Padre Coindre para que hagan de párrocos en la diócesis. Este se da cuenta de que, por este camino, su congregación tiene los días contados. Intenta defenderse proponiendo una fusión de los suyos con los Misioneros de la Cruz de Jesús de Lyon, los de la Cartuja, a los que él mismo ha pertenecido. Si sus misioneros se unen con los de Lyon, el poder sobre la congregación ya no estará en de Bonald, sino en un organismo que reúna a varias diócesis. Escribe a Lyon y habla con los responsables, pero la respuesta es negativa: en Lyon no quieren enfrentarse con el obispo de Le Puy, con de Bonald.

La segunda hipótesis viene a reforzar la primera. El Padre Coindre es un predicador consumido por el fuego de Dios. Tiene una forma curiosa y arriesgada de llegar, encender el fuego y asegurarse de que los pirómanos ya estén lo suficientemente formados. Cuando esto sucede, coge sus cosas y busca otras praderas que conquistar y quemar. Son testigos Claudina Thévenet, que tuvo poder de decisión, desde el principio, en todos los asuntos de las religiosas de Jesús-María, y nuestros hermanos de Lyon, que comenzaron a administrarse por sí mismos apenas un mes después de la fundación del Instituto. Coindre da una vuelta de tuerca más a la sentencia del César: llegar, ver, vencer... y marchar. Hay muchas mieses que atender y muchas almas que salvar.

Así que, de una manera u otra, Coindre decide no ser testigo de la lenta agonía de su congregación de misioneros y deja el camino libre a Monseñor de Bonald para que haga lo que más le convenga. Sus otras dos congregaciones ya caminan con éxito y buena armonía. Marcha a buscar nuevas praderas, esta vez en Blois. A principios de 1826 se incorpora a su nuevo destino.

21. La inesperada muerte del Padre Coindre.

Los hermanos se enteran poco a poco de las circunstancias de la muerte de su fundador. Seguramente, el Padre Francisco Vicente es llamado al arzobispado para recibir las noticias que le han llegado al vicario, el Padre Cholleton. La primera carta, enviada casi a título personal, es la del Padre Lyonnet, director del seminario de Blois, donde Andrés Coindre era superior. La segunda es la del Padre Guillois, esta sí por encargo del obispo de Blois, Monseñor de Sauzin, que parte la misma mañana del fallecimiento a una visita pastoral inaplazable.

El Padre Lyonnet, que narra los acontecimientos al detalle, cuenta cómo, a partir del 10 de mayo de 1826, el Padre Coindre deja de ir al recreo y, en cuanto termina los ejercicios de piedad, se encierra en su cuarto, algo totalmente contrario a su costumbre. La víspera de Pentecostés, el día 13, acaba el sermón llorando y apenas puede concluir la misa. Uno de los directores del seminario trata de hablar con él, pero solo responde hablando de magnetismo, iluminismo, el espíritu animal y las sociedades bíblicas. El obispo, vista la situación, le recomienda que vaya a Tours a pasar unos días con su querido amigo, el Padre Dufêtre. Así que el día 15 parte para Tours. No sabemos lo que allí pasa, pero Dufêtre decide devolverlo a Blois el día 18, mucho antes de lo previsto. En su vuelta a Blois, Coindre le dice a Lyonnet que no se encuentra bien, y poco después entra en una demencia casi continua. Habla de los decretos eternos, los ataques a la religión, el magnetismo, los sacrificios y la inmolación que debemos a Dios. Quiere inmolarse para la salvación del género humano. El Padre Lyonnet pone seminaristas, día y noche, para vigilarlo. A lo largo de la semana, tiene algunos ratos de consciencia y pide confesarse; el Padre Lyonnet escucha la confesión.

En la fiesta del Corpus Cristi, el día 28 de mayo, se encuentra casi bien, pasea por el jardín, se cambia de habitación. Durante todo el día 29 casi no dice una palabra. A las nueve de la noche, pide agua del Loira "porque la divina inteligencia ha caído dentro". Manda apagar todas las luces y parece dormir. Hacia la una de la madrugada, ya del día 30 de mayo, se levanta, abre la

ventana y se precipita. Instantes antes, un seminarista que oye el ruido se incorpora apresuradamente y llega a cogerlo por la camisa, pero esta se desgarra y cae.

Suponemos que, a medida que los hermanos van recibiendo las noticias que llegan desde Blois, pasan del dolor al desasosiego, y de la desesperanza a la confianza en Dios que tanto les ha recomendado su fundador.

Cuando comienzan a conocer las causas de la muerte, caen en el más absoluto estupor. ¿Cómo atribuir semejante tipo de muerte a un hombre con la mayor fuerza de carácter, que ha triunfado en tantas dificultades, que les dice a los seminaristas que no tengan miedo porque él ha pasado por todo lo que se puede sufrir en la vida? Un hombre que dice que está en su ambiente y que en ese momento es el hombre más feliz del mundo.

El golpe es igualmente terrible para las hermanas de Jesús-María. Claudina está en Lyon y tiene la premonición, el mismo 30 de mayo, de que algo grave ha sucedido. Cuando se confirma la noticia de la muerte del Padre Coindre, las religiosas piensan que la intuición de Claudina ha tenido algo de sobrenatural.

En los días siguientes, se empieza a saber más sobre los síntomas de la enfermedad que ha terminado con su vida y que hoy, más de doscientos años después, nos permiten establecer un diagnóstico probable: una encefalopatía urémica, caracterizada por las alteraciones del estado de la consciencia originadas por otra patología principal, en este caso una insuficiencia renal grave. Esta llamada *fiebre cerebral* provoca alucinaciones, insomnio y alteración del estado de la conciencia.

El Padre Coindre sufre la enfermedad de la gota desde muy joven. Sin un tratamiento adecuado, que no existía en la época, es muy posible que la insuficiencia renal derivara en la encefalopatía urémica, cuyos síntomas concuerdan con los comportamientos del Padre Coindre en los últimos días de su vida: depresión, dificultad para manejar ideas, insomnio, fatiga, visiones, paranoias, etc.

El Padre Coindre se ve asaltado por la enfermedad más cruel, que le quita de golpe sus mejores cualidades. Es como si Dios hubiera querido llevar

hasta los límites del sufrimiento y el abandono a su hijo querido, que había puesto alma, corazón y vida en la salvación de las almas. Todo arrebatado de golpe, como solo Dios sabe hacerlo. La terrible y desconcertante muerte del fundador, a imagen de la de muchos profetas y santos, es la del despojo total, la de la purificación absoluta que se necesita para llamar directamente a las puertas del cielo.

El Padre Coindre es enterrado el mismo día 30 por la tarde en el cementerio común, llamado así por pertenecer a varios municipios. Se ha dicho que no fue enterrado en la zona reservada al clero, debido a las circunstancias de su muerte. Es una versión que no se sostiene si tenemos presente que a su funeral asistieron sus compañeros sacerdotes, los seminaristas y todo el clero de Blois, a excepción del obispo, en visita pastoral a su diócesis. En 1842, el cementerio es desafectado, y con él desaparecen para siempre la tumba y los restos del Padre Coindre.

La muerte del fundador, en palabras del Hermano Javier, supuso para el Instituto "una pérdida irreparable, una prueba que la Divina Providencia disponía para nuestra pequeña congregación".

Solo un detalle de la huella que dejó el Padre Coindre en Lyon. En 1848, veintidós años después de su muerte, la providencia San Bruno, aquella providencia femenina que había fundado en la Cartuja, seguía siendo conocida, entre las gentes de Lyon, como "la providencia del Padre Coindre". La figura de este hombre excepcional, algo difuminada en algún momento de la historia, aparece hoy como la de un gigante de la evangelización y del renacer de la vida espiritual de la Iglesia de Francia después de la Revolución.

22. El Piadoso Socorro, una institución estable y fuerte a la muerte del fundador.

La sesión del consejo general tiene lugar en el Piadoso Socorro el 14 de junio de 1826, quince días después de la muerte del Padre Coindre. Los consejeros se muestran inconsolables y aluden a la inescrutabilidad de los destinos de Dios, que nos arrebató al buen padre cuando más lo necesitamos. "Nosotros contamos, pero en vano, el cielo decide". Proclaman, con razón, que el Padre Coindre ha sido víctima heroica del amor divino y que su muerte se ha debido a un exceso de trabajo en favor de la fe.

Aunque está claro quién va a ser el nuevo superior general, hay que dotar al nombramiento de una cierta formalidad. En la elección se valora que los hermanos necesitan todavía el apoyo de un eclesiástico que tenga el espíritu del Instituto y haya acompañado en las decisiones al fundador. Así que se presentan dos candidatos. El Padre Romain Montagnac, superior de los misioneros de Monistrol, obtiene un voto, y el Padre Francisco Vicente, ocho votos.

Los hermanos están contentos de haber elegido al hermano del fundador, que vive con ellos desde el principio y los conoce a todos. El Padre Francisco Vicente es la persona más adecuada. Ha visto crecer el Instituto y ama profundamente sus obras. Veremos que, a pesar de todas sus cualidades, le falta una virtud imprescindible para todos los administradores de almas y de bienes, la prudencia. Es muy joven, tiene veintisiete años. Además, desde el principio da los pasos necesarios para que su imprudencia sea mucho más peligrosa: quiere concentrar todo el poder en sus manos, a pesar de que muchos hermanos son mayores que él y tienen más experiencia en los asuntos del mundo.

El Padre Coindre, en su testamento abierto el 7 de octubre de 1826 en la notaría del señor Casati, nombra heredero universal a su hermano y quiere que su madre, Marie-Françoise, goce del usufructo de la casa familiar de Lyon. Como los hermanos, al no estar la institución reconocida por el gobierno, no pueden poseer bienes, el Padre Coindre deja todo arreglado



A la muerte del fundador el Piadoso Socorro contaba con catorce obreros, doce telares y capacidad para más de doscientos muchachos.

para que la propiedad y también el mobiliario, pasen, después de su hermano, a los hermanos.

El Piadoso Socorro y, en general, la congregación tiene una situación próspera. En 1826 hay dieciocho tomas de hábito y se fundan tres nuevas escuelas. Las instalaciones de Lyon constan de tres salas en la planta principal y otras tres en el primer piso. El director de taller es el Hermano Borgia y el Hermano Javier, el contraamaestre. Hay catorce obreros entre compañeros y aprendices. En total, hay en la casa veintiséis individuos y doce telares en servicio.

El Padre Francisco Vicente, al principio, sigue ejerciendo de capellán en Fourvière y preside las ceremonias de toma de hábito y las profesiones de las religiosas de Jesús-María, pero la mayor parte del tiempo se lo dedica a los hermanos. A finales de 1826 o principios de 1827, publica un Manual del Instituto del que no conservamos ninguna copia. En noviembre de 1826, el Padre Francisco Vicente se da cuenta de que necesita más dedicación a la

congregación y, de acuerdo con Claudina Thévenet, deja de ser capellán de la providencia de Fourvière, para dedicarse por entero a los hermanos.

Una de las primeras decisiones de Padre Francisco Vicente ya resulta algo controvertida. Los hermanos reclutados por el Padre Coindre sirven en las obras del Instituto de acuerdo a su formación y capacidades. No faltan algunos hermanos institutores, pero hay hombres de todos los oficios, y algunos formándose para ser cocineros o vigilantes. No existe distinción entre ellos, todos son hermanos. El Padre Francisco Vicente, sin embargo, decide dividir a los hermanos en dos categorías: enseñantes y coadjutores, es decir, gente instruida y otros sólo útiles para los trabajos manuales. Como sobran coadjutores para las obras, el Padre Francisco Vicente pide permiso al arzobispado para comprar una granja con el fin de ocupar a estos hermanos cuidando animales, pero el consejo arzobispal deniega la autorización diciendo que los hermanos deben dedicarse a lo suyo: la enseñanza y la providencia de la Croix-Rousse. A partir de 1830, esta división desaparece en todos los registros, pero la distinción, artificial e inútil en nuestra congregación, entre enseñantes y no enseñantes llegará hasta el capítulo general de 1874.

En el prospecto de 1829, se insiste en que el Piadoso Socorro es una de las más hermosas instituciones cristianas y sociales, que tiene por objeto acoger a la juventud indigente, arrancarla del peligro de la ociosidad y el vagabundeo, y formarla en el trabajo y en la virtud. Se dice que la institución es a la vez buena para la sociedad y para la fe; pensada para padres que temen que sus hijos se vayan a perder y buscan una tabla de salvación, y para niños desgraciados y huérfanos. En el Piadoso Socorro, los alumnos pueden encontrar la cura para el cuerpo y el espíritu, y asegurarse una vida de buenos cristianos y honrados ciudadanos.

La obra tiene casi diez años y necesitaría más recursos para ofrecer mejores servicios, pero no hay necesidades acuciantes; todo mejorará poco a poco, con la gracia de Dios. La elección de los maestros es buena. Se ha aumentado la superficie destinada a los talleres y a los alumnos, y en este momento puede acoger a más de doscientos muchachos divididos según la edad y la disposición de cada uno. Todo marcha bien.

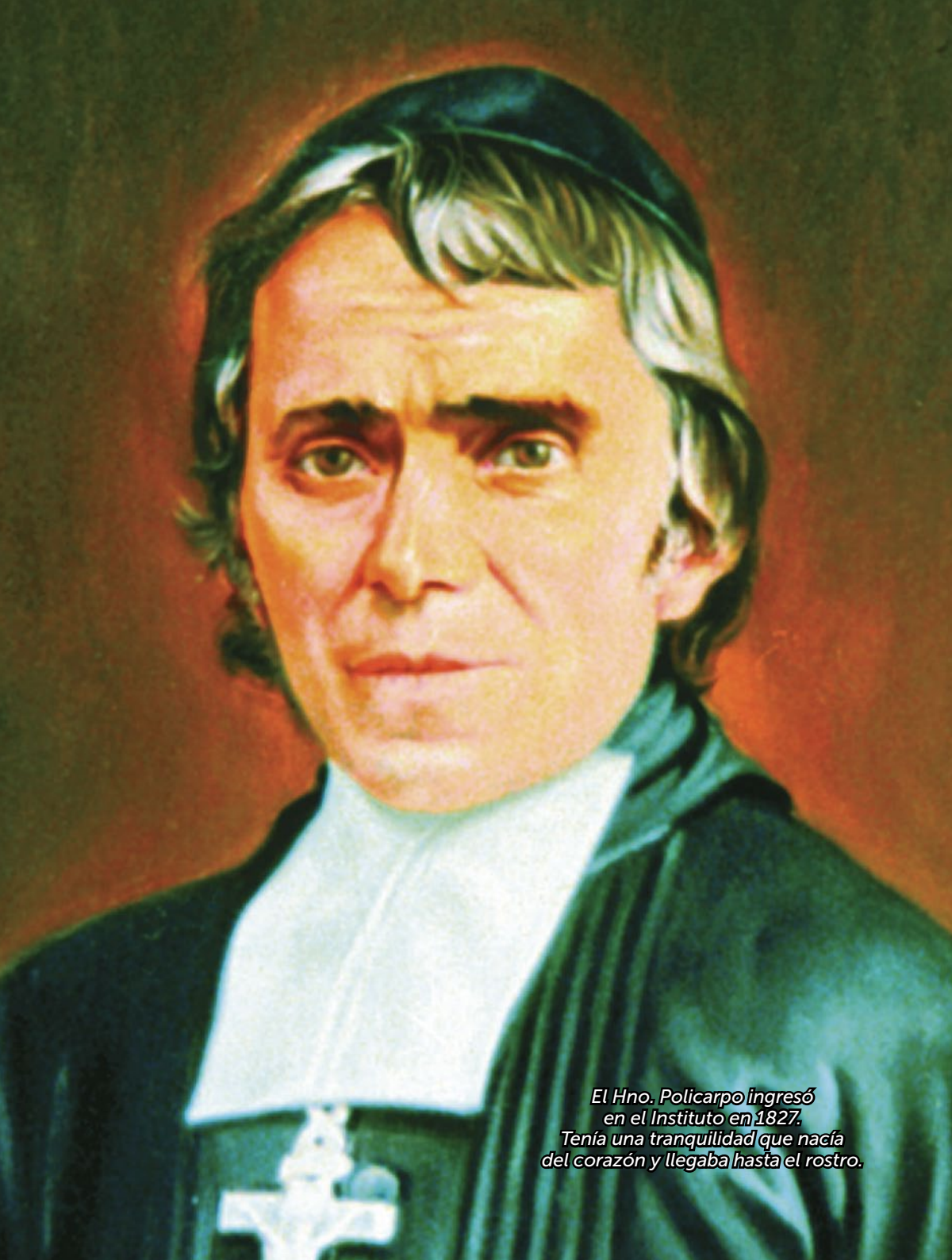
23. El Hermano Policarpo.

La llegada del Hipólito Gondre, en 1827, supone una corriente de aire fresco para el Instituto. Escribe al Piadoso Socorro con la intención de solicitar su ingreso en la congregación. Parece ser que el Hermano Cyprien, vecino suyo en el pequeño pueblo alpino de La Motte-en-Champsaur, le ha hablado de nosotros. Ya es un joven de veintiséis años y, a pesar de ejercer de exitoso maestro rural, quiere saber qué hacer con su vida. Pregunta en su carta por las obras de santificación y de apostolado que son propias de los Hermanos del Sagrado Corazón, es decir, por qué medios el Instituto le va a conducir a la santidad personal y al compromiso cristiano con los demás. Al cabo de pocos días recibe una respuesta donde se le habla de las ventajas del estado religioso y del mérito de cuidar a jóvenes almas y guiarlas en los caminos de la justicia y la caridad.

Viaja a Lyon y se encuentra con una calurosa acogida en el Piadoso Socorro. Suponemos que entre los más entusiastas está el Hermano Javier. Sus lugares de origen distan no mucho más de veinte kilómetros, allí en el departamento de los Altos Alpes. Los dos son de la montaña, gente contenida y alegre, algo reservados, pero cuando dan la mano en señal de pacto, es para toda la vida. Lo que ve en el Piadoso Socorro le convence tanto como para dedicarle toda su vida, por eso decide romper sus vínculos con el mundo y responder a la llamada de Dios.

Los que conviven con el joven recién llegado dicen que su figura es sencilla y modesta, de maneras afables, bueno y recto de carácter, espíritu serio. Es un tesoro para la comunidad. Tiene una tranquilidad que nace del corazón y llega hasta el rostro, una piedad sincera, una predisposición a la ascesis y a la vida interior. El 16 de septiembre de 1827, hace la toma de hábito y adopta el nombre de Hermano Policarpo. Como tiene el título de institutor y ha ejercido en su pueblo durante varios años, se le nombra casi inmediatamente profesor del Piadoso Socorro.

El Hermano Policarpo es un excelente maestro. La experiencia que ha adquirido con los pequeños pastores y campesinos de su pueblo, la traslada



*El Hno. Policarpo ingresó
en el Instituto en 1827.
Tenía una tranquilidad que nacía
del corazón y llegaba hasta el rostro.*

ahora a los jóvenes tejedores de Lyon. Pero al buen maestro no le importa el destino con tal de que no olvide por el camino lo más valioso de su oficio: el respeto a la persona del niño, el valor del aprendizaje y una gran dosis de amor y paciencia para pasar por alto cada día los sinsabores de la profesión.

A pesar del poco tiempo que lleva en el Instituto, es nombrado enseguida maestro de novicios. Es padre, modelo y maestro para aquellos jóvenes aspirantes. Les enseña amar la vida religiosa y la devoción al Sagrado Corazón. Si el Padre Coindre nos hace religiosos, el Hermano Policarpo nos hace hermanos en el sentido moderno del término. La vida de oración, fraterna y apostólica, que vivimos hoy los Hermanos del Sagrado Corazón tiene mucho que ver con la influencia de este gran hombre.

Como hemos dicho, Javier y Policarpo participan de cualidades de carácter que les permiten entablar una amistad que durará toda la vida, o casi toda, porque un malentendido, del que hablaremos más adelante, enturbiará algo la relación. Ambos son muy trabajadores, curtidos en la dureza de su tierra y no conocen obstáculos para el esfuerzo y la constancia. Son absolutamente fieles y leales a sus compromisos y sufren sobremanera cuando otros a su alrededor se toman las promesas a la ligera.

Sin embargo, hay otra cosa que une al Hermano Policarpo y al Hermano Javier indisolublemente en la historia de la congregación: son los guardianes de la obra del Padre Coindre. El Hermano Javier luchó sin descanso para que el Piadoso Socorro y, con él la congregación, no desapareciera. El Hermano Policarpo, a pesar de no haber conocido personalmente al Padre Coindre, nada más llegar al cargo de superior general, ordena a todos los hermanos que envíen los escritos, cartas y documentos, cualquier cosa que puedan encontrar, del fundador. Teme que la congregación olvide los textos y los hechos sobre las que está fundada. Con todo este material, se redacta la primera legislación verdaderamente orgánica del Instituto: las Reglas, llamadas del Hermano Policarpo, aparecidas en 1846, exactamente veinte años después de la muerte del Padre Coindre. Gracias al trabajo previo de recopilación del material, podemos decir que el Padre Coindre sigue presente, no solo en nuestra historia, sino también en nuestra vida de cada día.

24. Somos los Hermanos de la Instrucción Cristiana.

En 1828 se publica en Francia la ley Martignac, que despoja a los obispos de su capacidad para autorizar, en cualquier circunstancia, escuelas y maestros. A partir de ese momento, los nombramientos quedan en manos del Ministerio de Instrucción Pública, también conocido como *La Academia*. Según la nueva normativa, solo las congregaciones autorizadas por el gobierno siguen conservando derechos para entregar diplomas de maestro, y los obispos solo pueden autorizar a estas congregaciones dentro de su diócesis. Como nuestro Instituto no está aprobado, los hermanos tienen la misma consideración que los laicos, es decir, todos deben poseer su diploma de enseñanza y no se les puede eximir del servicio militar. Los hermanos de las congregaciones reconocidas se libran de los compromisos militares, con la condición de que se comprometan a estar en la institución al menos diez años.

La ocasión para la legalización se presenta en el pequeño pueblo de Largentière, en el departamento de Ardèche. En esta localidad están al cargo de la escuela los Hermanos de Nuestra Señora del Buen Socorro, también conocidos por los Hermanos de la Instrucción Cristiana de la Blachère, o de Viviers, que han conseguido la autorización gubernativa unos años atrás. Pero su desempeño en la escuela es bastante deficiente; no enseñan bien y no hay recambio de personal porque tienen pocas vocaciones y se les ve muy desanimados. Así que el señor alcalde de Largentière pide para su escuela a los Hermanos del Sagrado Corazón, de los que todo el mundo en la región habla maravillas. Llegan los hermanos y, después de un ensayo de fusión de las dos congregaciones liderado por el obispo y el alcalde, nos quedamos con la escuela y con la autorización gubernamental de los del Buen Socorro. Con el fin de no despertar suspicacias, es preciso cambiar el nombre de la congregación; pasamos a llamarnos Hermanos de la Instrucción Cristiana. El intento de fusión no llega a resultar del todo, y solo tres hermanos de los de Viviers se unen a nosotros. Los demás se dispersan y la congregación desaparece al cabo de poco tiempo.



Sello utilizado después de 1838: "Instituto de los Hermanos de la Instrucción Cristiana. Paradis, cerca de Le Puy (Alto Loira)".

Durante gran parte del siglo XIX, este nombre aparece en los documentos oficiales de la congregación, pero para la mayoría de hermanos, alumnos y familias seguimos siendo los Hermanos del Sagrado Corazón. Hay muchos que no están de acuerdo con esta nueva denominación y siguen conservando en las escuelas nuestro nombre original. Destacamos, entre los opositores, al Hermano Javier. ¿Hacer desaparecer el nombre que nos había dado el Padre Coindre? ¡Antes muerto! En la entrada del Piadoso Socorro siempre hubo un cartel, bien visible para propios y extraños, que rezaba *Hermanos del Sagrado Corazón* y que será una de las pruebas de la acusación que se levantará contra él cuando llegue el momento.

El Hermano Javier asiste desde Lyon, un poco incrédulo, a toda la serie de acontecimientos que van fragmentando la unidad del Instituto. Primero ha sido la distinción entre los hermanos maestros y los que se dedican a los trabajos manuales, con lo que los hermanos que viven en la casa madre pasan a ser ciudadanos de segunda categoría. Ahora, este cambio de nombre, es verdad que obligado por las circunstancias, pero que va en contra de los

deseos explícitos del Padre Coindre, que funda tres congregaciones y a las tres las llama de distinta manera, pero con el común denominador del Sagrado Corazón de Jesús.

Para el Hermano Javier, el Sagrado Corazón representa el amor bondadoso de Dios que se hace presente entre nosotros, y los hermanos son, para los niños a su cargo, la imagen más cercana de la bondad y el amor de Dios. Lo de la instrucción cristiana está muy bien, pero no es lo mismo; es como pasar la categoría del sujeto al objeto, si se me permite el excurso metafísico.

Ser Hermano del Sagrado Corazón significa tomar conciencia de que las condiciones humanas de la existencia son necesarias para establecer una relación personal con Dios. En el caso de los niños y jóvenes a los que educamos, nos alegramos de sus valores y logros, pero también comprendemos sus dificultades, la rebeldía y el camino, a veces tortuoso, que eligen para construir su persona a imagen y semejanza de Dios. Acompañar a un joven en este proyecto, con respeto y comprensión, es la principal actividad que el Padre Coindre quiere para sus hijos.

25. La situación empieza a ser complicada.

En 1830 Francia vive momentos de agitación. En París se suceden las manifestaciones y los altercados. En Lyon, en cambio, las revueltas no tienen un carácter tan anticlerical como las de París, pero son igualmente violentas.

Hasta el Piadoso Socorro llegan los disturbios y los gritos de los insurgentes, también alguna bala perdida que atemoriza, todavía más, a los jóvenes novicios. Algunos deciden abandonar la congregación. La moral de los hermanos está por los suelos. Las cosas no marchan bien desde hace tiempo y nos vemos abocados a una ruina material y espiritual. Para terminar de rematar las cosas, el Padre Francisco Vicente, de manera un tanto precipitada, decide mandar a los novicios a sus casas.

Es verdad que los sublevados son violentos y las amenazas reales, pero muchos hermanos consideran que es una decisión poco meditada. El Hermano Policarpo dice que la dispersión de los novicios es un golpe funesto para nuestra congregación, porque se ve privada de un grupo de hombres serios y con porvenir. Son unos treinta.

Otra consecuencia del desánimo interno y de la peligrosa situación externa, es la pérdida de algunas escuelas debido a la desertión de hermanos, que dejan la congregación y se quedan con el establecimiento. La forma de actuar es siempre la misma. Para tener una escuela comunal, el director, civil o religioso, debe disponer del diploma de institutor o de una autorización de la instrucción pública. Con esta titulación ofrece sus servicios a un comité escolar del departamento, que examina su conducta y calificaciones. Si es aceptado y se pone de acuerdo con el comité, se instala en el lugar y se le confía la escuela personalmente. En el caso de los hermanos que quieren abandonar el Instituto, ellos mismos se ofrecen para seguir en el establecimiento y, al tratarse de maestros formados y competentes, los comités escolares, y también los párrocos, terminan aceptando. Los demás hermanos se retiran, van a otras escuelas del Instituto y son sustituidos por laicos. Es el caso de las escuelas de Montfaucon, Pradelles, Largentière y Capronne.



Como a perro flaco todo son pulgas, otras congregaciones también quieren arrebatarnos hermanos. En febrero de 1836, el Padre Francisco Vicente escribe al Hermano Anaclet, superior general de La Salle, recordándole aquello de que él tiene un rebaño grande y poderoso y que nosotros, en cambio, no tenemos más que una humilde oveja. Y que a pesar de esto, cuando nuestros hermanos salían del retiro anual para dirigirse a sus respectivas comunidades, han venido los de la Salle para desanimarlos y pedirles que se unan a su congregación. Y que cuando algún superior de los nuestros ha ido a quejarse al colegio de la Salle de Le Puy-en-Velay, el director les ha respondido: "¿Pero es que esa congregación existe todavía? Hace tiempo que debería haber desaparecido. Caerá".

El mandato del Padre Francisco Vicente supone un retroceso para la congregación. El periodo más difícil fue la etapa comprendida entre 1830, con el desmantelamiento del noviciado de Lyon, y 1836, donde muchos hermanos abandonan, entre ellos el director general, el Hermano Borgia, porque creen que todo está perdido y que no queda más remedio que cerrar.

Cuando esta tormenta amenaza con hundir la navecilla de la congregación, hay un hombre que surge para cumplir su destino. Como regla general, suele decirse que la gente florece cuando encuentra su verdadera vocación y su misión en la vida. Florecer no significa llegar a la felicidad sino crecer en santidad, convertirse en la persona que Dios quiere. El Hermano Javier está firmemente convencido de que Dios lo ha preparado para este momento.

Pero vamos a retroceder un poco en el tiempo y trasladarnos a 1827, solo un año después de la muerte del fundador, cuando el Padre Francisco Vicente da las primeras muestras de un mal que se va a revelar como incurable: el mal de la piedra.

El mal de la piedra es, en interpretación literal, la actividad desenfrenada para construir nuevos edificios o reformar los ya existentes. Pero es una enfermedad mucho más profunda que, sin lugar a dudas, se ha transmitido por herencia a nuestra congregación y que consiste en pensar que las construcciones, las obras, las instalaciones, los bienes, son la esencia de nuestra misión. La lógica perversa dice que si tenemos las mejores instalaciones, seremos los mejores, olvidando que fuimos fundados para dar gloria a Dios con nuestras vidas y servir a los pobres en su nombre.

Nadie entre nosotros hizo más obras que el Padre Francisco Vicente; nunca nos fue peor.

26. Una gran capilla y una pequeña casa de inquilinos.

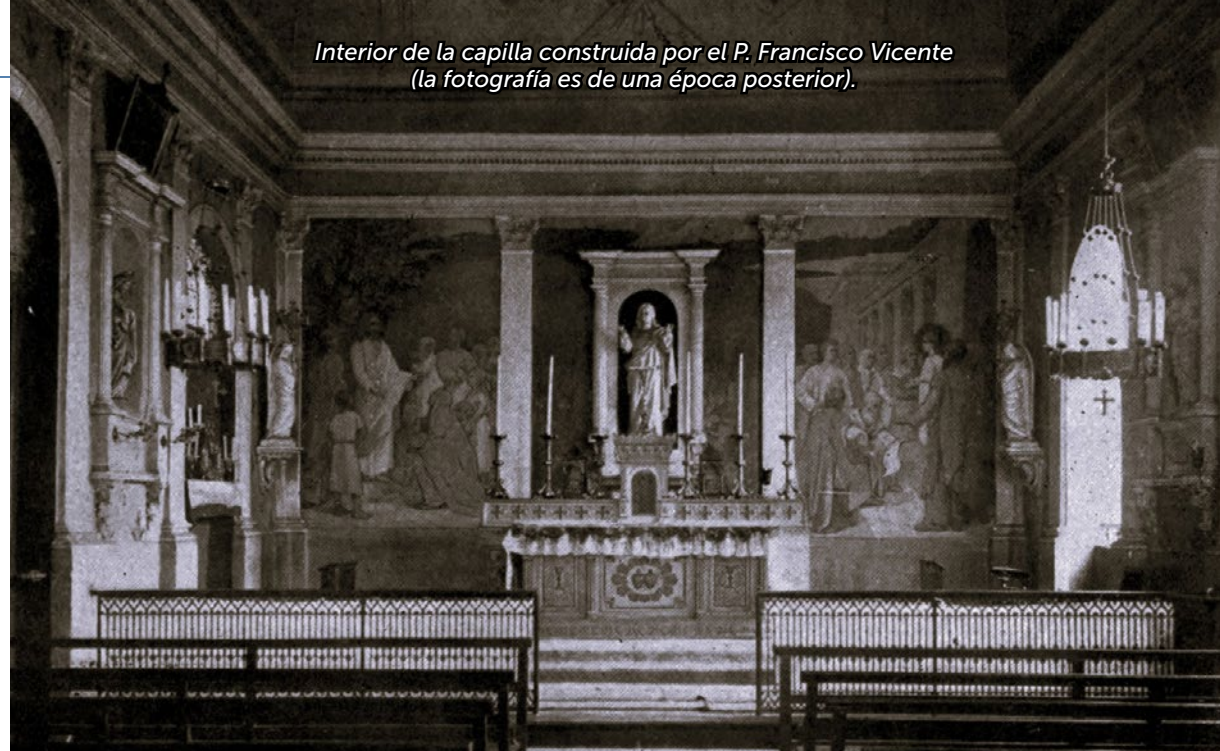
A partir de 1827, el Padre Francisco Vicente da a entender que pone todos sus bienes al servicio de la congregación, y pide a los hermanos que se desprendan también de todo por el bien común. Hay que tener presente que, desde 1824, los hermanos ya gestionan sus bienes; el fundador les ha dejado el mobiliario y los telares del Piadoso Socorro, pagan un alquiler por las instalaciones y esperan, en su momento, ser los propietarios, tal y como lo ha previsto el Padre Andrés Coindre.

Según las notas relativas al testamento del Padre Coindre, su sucesor debe ceder el Piadoso Socorro a los hermanos por doce mil francos y dejar que ellos gestionen sus asuntos. Pero el Padre Francisco Vicente hace una contrapropuesta: si los hermanos ceden sus bienes, él pone a disposición los suyos y así habrá una sola administración. Los hermanos, todavía bajo el impulso del fundador, no ponen ningún impedimento y entregan el mobiliario, los telares, las aportaciones de las escuelas e, incluso, los bienes patrimoniales que conservan. El Padre Francisco Vicente se convierte así en el único administrador del Instituto.

En el Piadoso Socorro todo funciona perfectamente, pero tienen falta de espacio y ven necesarias algunas ampliaciones. El Padre Francisco Vicente propone hacer un edificio nuevo con una gran capilla en la planta principal y talleres en el sótano. La verdad es que los hermanos no ven la necesidad de una capilla tan grande, pero dejan que el superior general tome sus primeras decisiones sin interferencias. Los trabajos se desarrollan entre 1827 y 1828. A pesar de que la obra está en los terrenos del Padre Coindre, de los cuarenta mil francos que cuesta, los hermanos ponen 36 mil, tanto en dinero en efectivo como en jornadas de trabajo.

Como durante la construcción se hace necesaria la presencia de más trabajadores, el Padre Francisco Vicente, en 1827, cierra el noviciado de Monistrol y lleva a los novicios al Piadoso Socorro para que trabajen como

*Interior de la capilla construida por el P. Francisco Vicente
(la fotografía es de una época posterior).*



albañiles. Cuando los jóvenes formandos se dan cuenta de que su principal ocupación es la obra y no los estudios para la vida religiosa, muchos abandonan la congregación y los que no lo hacen se irán más adelante o sufrirán las consecuencias de una formación deficiente durante toda su vida.

Apenas se ha terminado de pagar esta obra, el Padre Francisco Vicente encuentra el remedio para todos los males: debemos tener ingresos fijos. Así que en 1832, decide levantar, en un extremo de la propiedad, una pequeña casa para recibir inquilinos. Cuando termina el edificio, ni él ni los hermanos tienen con qué pagarlo. Las escuelas ya no aportan lo que antes, y un gran número de suscriptores se ha retirado tras cumplir los cinco años de compromiso y ver que la institución del Padre Coindre no va por buen camino. Algunos de estos suscriptores dicen que han encontrado otra providencia que les ofrece más garantías de que su caridad será mejor gestionada, la del abbé Rey en Oullins, que acaba de abrir sus puertas.

Pronto los hermanos comienzan a ser conscientes de la diferencia que hay entre el fundador y su hermano. El Padre Francisco Vicente carece del

buen sentido necesario para establecer el equilibrio entre ingresos y gastos. Hay que pedir más dinero a las escuelas a pesar de que a los hermanos no les alcanza para vivir y lamentan que se está gastando su dinero en una propiedad que no pertenece al Instituto.

El Hermano Javier asiste a todo esto con estupor, concediendo al Padre Francisco Vicente el beneficio de la duda y la obediencia que se debe a un superior general. Sigue ocupándose de los chicos de los talleres y no le falta trabajo. Cada vez hay más familias que quieren enviar a sus hijos a la providencia del Piadoso Socorro. Lo que había comenzado siendo un establecimiento casi penitenciario, se ha convertido en una opción interesante para las familias que tienen hijos con inclinación a meterse en problemas.

Han visto muchachos que han entrado en el Piadoso Socorro con un historial de rechazo en otros centros educativos y son capaces de salir adelante, de tal modo que en poco tiempo se les puede ver como dueños de sus vidas. De los maestros dicen que, a pesar de ser religiosos, son gente práctica, que va al grano en lo que se refiere al comportamiento y a las exigencias que se les hacen a los chicos.

27. Más obras y la bancarrota.

A finales de 1835 o principios de 1836, el Padre Francisco Vicente vuelve a embarcarse en una nueva construcción: un edificio de treinta metros de largo por ocho de ancho donde, además de poner telares, instalará talleres de otros oficios como escultura, pintura y vidrio. Para ahorrar costes, antes de comenzar la obra construye un horno de cal y una fábrica de tejas y de ladrillos. Cuando ya está en funcionamiento, se dan cuenta de que la cal, las tejas y los ladrillos resultan mucho más caros que los que venden los comerciantes de la ciudad.

A pesar de ello, comienza a construir la fachada de esta gran casa, para lo que contrata un gran número de obreros y empleados. Cuando están terminados los muros, antes de poner el tejado, el Padre Francisco Vicente consulta a un fabricante de tejas y ladrillos de Lyon sobre la calidad de lo que se ha construido. Este le dice que los ladrillos no son buenos, que no aguantarán las heladas del invierno y que la casa se derrumbará, sin lugar a dudas. A pesar de que los consejos de este hombre están guiados por su propio interés, el Padre Francisco Vicente hace derribar uno de los pisos ya construidos y habría derribado toda la casa si los hermanos no se hubieran opuesto. Al fin se pone el tejado de la casa, que todavía existe después de doscientos años.

Tras esta edificación, las deudas se multiplican y ya no se sabe de dónde sacar más dinero. Las aportaciones de las escuelas no bastan. Los acreedores, cansados de esperar, nos llevan a los tribunales. Sin poder hacer frente a las obligaciones, el Padre Francisco Vicente se declara en bancarrota. El Piadoso Socorro vale más que la deuda pero ¿quién lo va a comprar por lo que vale? En este tipo de venta, lo normal es que salga a subasta y que se lo quede el mejor postor. Puede suceder que el nuevo propietario reclame también el mobiliario y, hasta es posible, que algún hermano tenga que ir a prisión. Al fin y al cabo, el responsable de la deuda es el superior general y la congregación tiene que responder con sus propios bienes. El Padre Francisco Vicente cae en una terrible depresión y temen que pierda la cabeza.

28. Las dos tareas del Hermano Javier.

El Padre Francisco Vicente quiere abandonar todo y dejar sus propiedades, incluido el Piadoso Socorro, en manos de sus acreedores. La situación es tan desesperada que no le importa perder su patrimonio con tal de no tener que responder en los tribunales. Está a punto de hacerlo cuando un *pobre hombre*, como se denomina a sí mismo el Hermano Javier en sus memorias, se opone a perder la casa madre y permitir que la congregación desaparezca.

El Hermano Javier todavía cree en el Padre Francisco Vicente, por eso, su primera preocupación es recuperar al superior general del estado de postración personal en el que se encuentra. Recurre a uno de los remedios clásicos que siempre funcionan en los primeros estadios de la cura de los cuerpos y las almas: el aire puro y el ejercicio físico. Todos los días le acompaña, le obliga, a salir de paseo, va poco a poco infundiéndole ánimos, le dice que la situación es grave, pero que encontraremos algún remedio, que hay que confiar en la bondad de Dios, como decía su querido hermano y nuestro padre, Andrés Coindre.

La segunda tarea va a ser ocuparse de una institución sin rumbo. Javier asume la responsabilidad de salvar el Instituto y, a partir de ese momento, este será su primer objetivo. Un hombre que hasta entonces solo había sido contramaestre del taller de seda, pone toda su confianza en Dios y se dispone a salvar de la ruina la obra de su querido Padre Coindre.

Se compromete a arreglar la situación con la condición de que el Padre Francisco Vicente deje de construir. Este acepta gustoso la propuesta, promete no incurrir en más deudas y le otorga todos los poderes. A partir de ese momento, el Hermano Javier toma de hecho, sin ningún nombramiento, la dirección general del Instituto. No es un hombre de estudios y seguramente no está preparado para una tarea administrativa tan difícil y de tanta responsabilidad. Tiene, sin embargo, una ilimitada confianza en Dios y una energía que nace incontenible de la gracia de su vocación. También es un hombre de convicciones firmes, bueno de carácter, de actividad infatigable. Está dispuesto a cambiar muchas cosas para salvar la nave que zozobra.

La noticia de la bancarrota cae como un mazazo sobre los hermanos. Están en situación de perder quince años de trabajo, la querida casa madre y, algunos, hasta su patrimonio personal. No quedará nada para formar a los novicios, los retiros, las primeras necesidades de los hermanos. Esto significa la desaparición del Instituto. A muchos les entra miedo. La vida religiosa está rota y se dan cuenta de que las consecuencias del desastre pueden afectar también a su vida personal, así que deciden abandonar y buscar otros caminos más propicios para reconducir su futuro.

El Hermano Borgia acaba de perder a su hija, que ha muerto, religiosa, a los veinticinco años. Ha sido el director general durante los últimos doce años y teme que él también sea declarado culpable de la bancarrota y que tenga que responder personalmente ante los acreedores (su hija le ha dejado al morir diez mil francos). Así que decide abandonar la congregación.

No hay duda de que el Hermano Borgia quiere lo mejor para el Instituto, pero no encuentra esa luz que toca los corazones humanos en los momentos de dificultad y les hace vencer todas las pruebas. El Hermano Javier lo acusa de la dureza que tiene con los hermanos, que proviene posiblemente de la falta de seguridad en sí mismo y del deseo de conseguir resultados satisfactorios para el Instituto.

Poco antes del Hermano Borgia, también ha abandonado el Hermano Augustin, antiguo maestro de novicios y prefecto espiritual, por lo que ya no queda nadie del grupo de Valbenoîte. Eran diez hermanos los que habían hecho la profesión el día de la fundación del Instituto. Así que, tras el fallecimiento del Hermano Paul en 1823 y la salida del Hermano Borgia ahora, del grupo de los fundadores solo quedan dos: el Hermano François y el Hermano Javier. El Hermano Javier, primer asistente, se convierte en el principal responsable del Instituto, con un superior general deprimido, recluido y acosado por las deudas.

Inmediatamente organiza un viaje para visitar todas las escuelas. Deja los talleres del Piadoso Socorro, ahora parados por las deudas, y se lanza a una visita apostólica fundamental. Pide a los hermanos la más estricta pobreza y la colaboración para enviar a la casa madre todo el dinero disponible, pero tiene que lidiar con muchas situaciones desagradables: en los colegios ve la desertión de muchos y cómo otros hermanos se marchan de la congregación y se quedan con las escuelas. La noticia del abandono del Hermano Borgia cae como un mazazo.

A pesar de todo, anima a los hermanos que están a punto de dejarlo, les habla de la gran obra del Padre Coindre, de lo fundamental de nuestra vocación, y logra renovar la confianza en los corazones. Cuando se va de una comunidad, todos quieren colaborar, de una manera u otra, con su congregación religiosa, golpeada por la desgracia una y otra vez. Como pasa en muchas familias, que una dificultad ayuda a unir más a sus miembros, nuestra familia corazonista asiste a un *sursum corda* colectivo, un ¡levantemos los corazones!, que sirve para paliar las desconfianzas de algunos y sepultar las dudas de todos.

Al volver al Piadoso Socorro, pide que se acelere la formación de los novicios, pone en marcha los telares parados, llama a los antiguos suscriptores y logra el apoyo de muchos de ellos. Con los acreedores tiene que emplear una inteligencia financiera que ha aprendido en la vida del taller; solicita retrasos en los vencimientos, paga intereses, libera hipotecas.

Al cabo de no mucho tiempo, la normalidad y una cierta dosis de optimismo se han recuperado en el Piadoso Socorro y en las escuelas de los hermanos. El Padre Francisco Vicente recupera el buen ánimo y la tranquilidad, algo positivo, pero que hace presagiar nuevas tormentas.

Entre tanto, el hecho es que en 1836, cansados de vivir en un constante sobresalto, agobiados por las deudas y la falta de espíritu, solo quedan unos cuarenta hermanos en la congregación. A la muerte del fundador, eran unos cien.

29. El arte de las vidrieras y más deudas. Todo está perdido.

Aunque parezca increíble, en cuanto el Padre Francisco Vicente se ve libre de los acreedores, que no de las deudas, se pone a levantar una nueva edificación. El Hermano Javier le recuerda su propósito, hace todo lo posible para convencerle, pero no hace caso a nadie. La promesa ha durado un año. El superior sigue buscando el negocio millonario que nos saque de la pobreza.

Un día aparece por el Piadoso Socorro uno de los amigos del Padre Francisco Vicente diciendo que hay un hombre paralítico en Lyon que sabe todas las técnicas de la pintura sobre vidrio y la fabricación de vidrieras. Afirma que los secretos de este oficio se han perdido con la Revolución y que ese hombre es el eslabón perdido, la piedra filosofal, el único que posee el conocimiento para fabricar vidrios tintados. Cualquiera que se haga con los servicios de este artesano va a ganar un montón de dinero. Además, puede enseñar el arte a los alumnos. Se ve como un negocio beneficioso desde cualquier parte que se mire: nos va a hacer ricos y tiene su componente pedagógico, que es lo que siempre se dice entre los hermanos cuando hay alguna actividad que no está del todo clara.

El Padre Francisco Vicente hace venir al artista, el señor Rodet que así se llama, y este se compromete a compartir su arte a cambio de cien mil francos, firmados por ambas partes en la notaría del señor Casati. Una barbaridad. Construyen un horno, compran todos los materiales y utensilios necesarios, pero cuando tratan de conseguir los primeros colores, el señor Rodet y su esposa fracasan una y otra vez en el intento. Los colores aparecen desvaídos, sin fuerza, imposibles para competir con los que muestra, día a día, la naturaleza.

Un día de aquellos, viene a comer en el Piadoso Socorro un amigo de la casa, librero de profesión. La conversación gira en torno al arte de las vidrieras y a la peculiaridad de nuestro artista Rodet. El librero dice que en su tienda hay varios tomos sobre el arte de los vidrios tintados. El Hermano



*P. Francisco Vicente Coindre, hermano del fundador
y segundo superior general del Instituto.*

Javier, presente en la conversación, al término de la comida va rápidamente a la tienda del librero a comprar la obra en cuestión. En cuanto vuelve al Piadoso Socorro, el propio Hermano Javier se pone a mezclar colores de acuerdo a las instrucciones del libro y consigue mucho mejores resultados que el señor Rodet. Queda claro que el arte del vidrio no se ha perdido con la Revolución, porque está en los libros. Así que acuden apresurados al señor Casati para anular el contrato y abandonar el negocio de las vidrieras. La aventura cuesta, entre una cosa y otra, unos cuatro mil francos.

En 1838 el Padre Francisco Vicente sigue construyendo y acumulando deudas. La cantidad asciende a 65 mil francos, unos cuarenta mil en obligaciones y veinticinco mil en facturas, estos últimos que hay que pagar con cierta urgencia. Para ver la magnitud de la deuda, hay que tener en cuenta que los hermanos ganan unos trescientos francos al año cada uno, cantidad con la que, además, se tienen que alimentar y vestir. A día de hoy, hablaríamos de una deuda de seis millones de euros aproximadamente. Los únicos ingresos extras son los que provienen de los internados.

La deuda es del Padre Francisco Vicente y también del Instituto, del que es el superior general. Vistas las circunstancias, el Hermano Javier es consciente de que si la congregación tiene que sobrevivir, necesita una casa madre distinta al Piadoso Socorro, ya que sobre esta pueden caer los acreedores en cualquier momento. Así que decide pagar una opción de compra de la finca de Paradis, una propiedad cerca de Le Puy, a más de cien kilómetros de Lyon, de la que hablaremos más adelante.

Con una deuda tan grande, el Hermano Javier cree que ya no hay esperanzas. Los acreedores también se dan cuenta del estado catastrófico de nuestras cuentas y todos tienen prisa por cobrar, así que acuden a los tribunales. Los funcionarios de justicia conminan al Padre Francisco Vicente a hacer frente a sus obligaciones y, como no puede, se declara, otra vez, en bancarrota.

Va a hablar con el Hermano Javier. Reconoce que esta nueva ruina es culpa suya, que tenía que haberle hecho caso en la anterior ocasión y no seguir endeudándose. El Padre Francisco Vicente también lamenta la situación a la que ha llevado al Instituto. Esta vez ya no hay solución: la congregación va a tener que dispersarse y los hermanos se van a ver obligados a volver a sus familias.

30. Hacer de la necesidad virtud: la segunda salvación del Instituto.

El Padre Francisco Vicente, acompañado por el Hermano Javier, acude al párroco de la Cartuja, el Padre Pierre Pousset, a pedir ayuda. Este aconseja vender el Piadoso Socorro, cree que no queda más remedio. Pero el Hermano Javier sabe que esto va a desanimar a los hermanos, que van a perder los pocos bienes que tienen, incluso sus bienes de familia, y va a llevar a la desaparición cierta del Instituto.

El Padre Francisco Vicente entra de nuevo en un estado depresivo y se muestra dispuesto a ceder todas sus propiedades a los acreedores, pero ya ni siquiera esto es solución, porque las deudas son más valiosas que los bienes.

El Hermano Javier no tiene dinero y no sabe cómo lo va a hacer, pero por amor a la congregación y para salvar el honor del superior, acepta el reto de pagar todas las deudas y recibir los bienes del Padre Francisco Vicente, que valen mucho menos. Ante la propuesta del Hermano Javier, el Padre Francisco Vicente ve los cielos abiertos, dice que no desea otra cosa que salvar el Instituto.

El Hermano Javier se dispone a salvar la obra del Padre Coindre por segunda vez. Pero en contra de lo que hizo en 1836, no dice nada a los hermanos sobre la situación crítica en la que nos encontramos, más que nada para no desanimarles.

Este es el diálogo que se desarrolla entre el Padre Francisco Vicente y el Hermano Javier:

– ¿Cree usted verdaderamente que puede hacerlo? –dice el Padre Francisco Vicente.

– Espero, con la gracia de Dios, poder salvar vuestro honor y el de la

congregación, pero es preciso que usted se desprenda de todos sus bienes –responde el Hermano Javier.

– Lo hago con mucho gusto. Veo que he abusado demasiado de su confianza –termina el Padre Francisco Vicente.

El Hermano Javier consigue un compromiso en firme del Padre Francisco Vicente, que acepta vender el Piadoso Socorro a los hermanos por el monto de la deuda: 65 mil francos. El trato incluye la casa Coindre, el edificio original y la gran casa construida, es decir, todo el Piadoso Socorro. Se queda únicamente con su salario de capellán en Fourvière y el derecho a vivir en la casa Coindre mientras viva.

El trato está pactado aunque no firmado. Con esto, el Padre Francisco Vicente se calma y recobra la tranquilidad. Ni el Hermano Javier ni la congregación tienen dinero, por eso se elabora un plan cuidadoso para salvar la obra. El Hermano Javier va donde el notario Casati y pide un préstamo de cuarenta mil francos. Ofrece como garantía la propiedad del Piadoso Socorro. Como hay deudas urgentes que pagar, Casati le adelanta al Hermano Javier unos tres mil francos.

Javier confía en poner a funcionar inmediatamente los talleres y, con un nuevo esfuerzo de las escuelas, pagar las facturas de los veinticinco mil francos. Los otros cuarenta mil van a servir para hacer frente a las obligaciones del Padre Coindre, que no pueden esperar porque ya están en los tribunales.

Con todo pactado, el Padre Francisco Vicente envía al Hermano Javier a Paradis para que dé cuenta de la situación. A los hermanos les cuenta solo una parte de la verdad: que el Padre Francisco Vicente, con el mayor afecto, nos deja todos sus bienes y que la confianza en los hermanos le lleva a hacer este sacrificio. Espera que los hermanos no lo abandonarán en su vejez, ya que les da todo a ellos. Esta decisión del Padre Francisco Vicente es acogida con alegría, como si fuera una entrega voluntaria y absolutamente desinteresada.

Además, el Hermano Javier lleva una carta del Padre Francisco Vicente para los hermanos. En ella elogia la unión que existe para mantener, sostener

y perpetuar la congregación. Se queja de sus problemas de salud, en el hígado; dice que ha pedido consejo y le han dicho que lo mejor es que deje todas las propiedades a los hermanos para evitar la contestación de los herederos, y que no quiere conservar con los hermanos otra atadura que los votos. Concluye que le cuesta poco hacer este sacrificio, porque siempre ha vivido entre los hermanos, y que todo lo que ha sucedido es un motivo para aumentar el celo, porque los considera a todos guardianes de la obra y tutores de los pobres de Jesucristo.

Esta es la versión que quiere dar el superior general y el Hermano Javier no la desmiente, por el aprecio que todavía sigue conservando hacia el Padre Francisco Vicente y por un espíritu de obediencia que va más allá de cualquier condicionante humano. Al Hermano Policarpo, solo a él y a los dos consejeros generales, los Hermanos Martin y Benoît, tiene que contarles la verdad completa: el Padre Francisco Vicente nos vende por 65 mil francos una propiedad que se ha construido a costa de los hermanos y que, en estos momentos, no vale lo que vamos a pagar. Lo más urgente es hacer frente las obligaciones, y para ello el préstamo de cuarenta mil francos ya está listo donde el notario Casati.

31. El Hermano Javier rompe de forma definitiva con el Padre Francisco Vicente.

El Hermano Javier parte para Lyon con la intención de llevar a cabo el plan que tan cuidadosamente ha trazado con los consejeros generales. Pero se encuentra con la sorpresa de que, cuando llega, el Padre Francisco Vicente ha cambiado de opinión. Parece ser que ha pasado unos días con el Padre Romain Montagnac en su parroquia de Yssingeaux y este le ha aconsejado no desprenderse de sus bienes hasta la muerte. Escribe a Casati, desde el mismo Yssingeaux, y dice que solo cederá a los hermanos la casa y el jardín que ellos ocupan y que él se queda con todo lo demás. También se va a ocupar de pagar una parte de las deudas.

El Hermano Javier está absolutamente sorprendido con este cambio de opinión en tan pocos días. La situación es desesperada. Los hermanos han pedido un préstamo de cuarenta mil francos con la garantía de una propiedad que ya no tienen. La mayor parte del Piadoso Socorro se lo queda el Padre Francisco Vicente y ya no se va a poder sacar ningún beneficio a los talleres, porque también son suyos. Se apropia, además, del mobiliario y muchos objetos valiosos de la casa, en su mayor parte pagados por los hermanos. Todos los espacios a los que se les puede sacar alguna rentabilidad han quedado en sus manos. A partir de ahora, los hermanos solo pueden contar con las aportaciones que envían las escuelas.

Todo le dice al Hermano Javier que debe dejar al Padre Francisco Vicente con sus propiedades y sus deudas. Es la decisión más sensata, la única posible, porque puede terminar en la cárcel. Pero si se retira, los acreedores caerán sobre el Padre Francisco Vicente, se repartirán inmediatamente la propiedad y todo estará perdido. No le dice nada a nadie; si comunica la situación a los hermanos, perderán la confianza en el superior general y se dispersarán. El Hermano Javier solo escucha la voz de su corazón: quiere salvar la obra del Padre Coindre al precio que sea.



Vista del Piadoso Socorro en 1836.

Así que se ve obligado a firmar, en la notaría del señor Casati, “el contrato más inicuo que jamás haya tenido lugar bajo la capa del cielo”, en palabras del propio Hermano Javier. Los hermanos se quedan con una pequeña parte de la propiedad y tienen que entregar al Padre Francisco Vicente 65 mil francos, los cuarenta mil que están en la notaría de Casati y veinticinco mil más. El Padre Francisco Vicente se reserva el derecho de recompra de toda la propiedad por una suma de cuarenta mil francos. En el momento de la firma, el Padre Francisco Vicente se entera de que Casati ha entregado algún dinero a cuenta al Hermano Javier y prohíbe terminantemente que se le entregue más.

Tenemos pues al Hermano Javier con una deuda de 65 mil francos a la que no puede hacer frente de ninguna manera. No hay un centavo en la caja, la casa se ha quedado sin suscriptores, las almas caritativas que han sostenido desde el principio la obra del Padre Coindre deciden retirarse en masa. Se extiende por Lyon el rumor de que el Padre Francisco Vicente mira más por sus propios intereses que por los de la congregación, a la que ha dejado prácticamente abandonada.

El aviso del Padre Francisco Vicente al notario de que no dé más dinero a los hermanos es el golpe de gracia en la relación del superior general con el Hermano Javier. El Padre Francisco Vicente se muestra absurdamente injusto e implacable, y el Hermano Javier le retira totalmente la confianza. Llega al convencimiento de que no se puede contar con el superior general para sacar al Instituto de la ruina económica y de la desaparición total. Así que decide organizar el plan de salvación por su cuenta y riesgo.

Visita los establecimientos y pide que no se entregue dinero al Padre Francisco Vicente. Busca la forma de asegurar Paradis como centro de la congregación. El Piadoso Socorro lo da por perdido. Los edificios de los que se puede sacar alguna renta se los ha quedado el Padre Francisco Vicente, así que, con los ingresos actuales, va a ser imposible pagar la deuda y, más temprano que tarde, nos vamos a ver obligados a vender la propiedad.

Lo que más sorprende a los hermanos es que el Padre Francisco Vicente, en lugar de pagar sus deudas con los cuarenta mil francos a su disposición del préstamo de los hermanos, comienza a construir un edificio en otra propiedad suya, muy cerca del Piadoso Socorro. Los hermanos siguen pagando el interés de los cuarenta mil francos, que no producen nada, y el Padre Francisco Vicente coge el dinero a medida que lo necesita para la obra. Es una bonita manera de arruinar a la congregación y volver a arruinarse él mismo.

Algún hermano le dice el problema en el que nos estamos metiendo. Se enfada y dice que él no trabaja para nosotros, que somos unos desagradecidos, que trabaja ya para otra obra y que ha presentado su renuncia al arzobispo.

32. Un capítulo general para acabar con el Hermano Javier.

Aunque la relación de confianza entre el Hermano Javier y el Padre Francisco Vicente está rota, este último sigue siendo el superior general y tiene autoridad sobre los hermanos. Cuando se da cuenta de que las escuelas han dejado de enviar dinero, piensa, no sin razón, que el Hermano Javier ha comenzado a actuar a sus espaldas.

Mientras tanto, sigue insistiendo en que los hermanos tienen que devolver el dinero que han retirado de lo de Casati, unos cuatro mil francos en total, a lo que responden que ese dinero ha ido a pagar sus deudas, las suyas, no las de la congregación. La situación en el Piadoso Socorro va siendo cada día más incómoda, así que el Padre Francisco Vicente se lo juega todo a una carta: en 1840 convoca un capítulo general con la intención de descabalar al Hermano Javier del gobierno efectivo de la congregación.

Al superior general no le importa que el último capítulo general se haya celebrado en 1835 ni que el mandato de los capitulares haya terminado en 1838, lo que quiere decir que los hermanos que se reúnen no tienen ya la condición de capitulares y no tienen potestad para decidir sobre los asuntos de la congregación. Tampoco le importa que el Hermano Javier haya tomado ya la determinación de separar los intereses de la congregación de los suyos. Todo le da igual, excepto recuperar el poder económico absoluto para seguir obrando, nunca mejor dicho, a su antojo.

La sesión del capítulo del 16 de septiembre de 1840 en Paradis, se abre con un juicio sumarísimo contra el Hermano Javier: se le acusa, principalmente, de querer desviar los bienes de la congregación para su propio beneficio. La intención es que Javier abandone la congregación o, al menos, que se aparte de la administración de los bienes.

El Hermano Javier es todavía un hombre joven, tiene 39 años, pero las primeras canas ya comienzan a aparecer en su cabello negro. Está en uno de los momentos más difíciles de su vida. El superior general ha desplegado toda la fuerza burocrática de la institución para intentar acabar con él.

Cualquier otro, con menos energía o una idea menos clara de su destino, se habría retirado del campo de batalla para que otros recogieran los despojos, porque solo despojos iba a dejar el Padre Francisco Vicente.

Pero Javier es muy apreciado entre los hermanos, y el Padre Francisco Vicente teme que si hay votaciones, vuelva a salir elegido. Así que prepara unos nuevos estatutos donde él mismo nombra a los asistentes generales. El Hermano Javier no abre la boca en toda la sesión, ni siquiera cuando el Padre Francisco Vicente lo cesa y nombra al Hermano Policarpo, en su lugar, como primer asistente del Instituto. Veremos que este es el modo de actuar habitual del Hermano Javier en las controversias con el Padre Francisco Vicente y, también, con el Hermano Policarpo: callar por el bien común. Enfrentase al superior, criticar sus decisiones, menospreciar su persona o su cargo es un ataque contra la congregación, más que contra el superior, y eso el Hermano Javier, nunca, nunca se lo va a permitir a sí mismo; su amor a la congregación está muy por encima de cualquier asomo de vanidad o de amor propio.

Como todo el proceso ha sido tan indigno, el Padre Francisco Vicente prohíbe las reuniones de hermanos y cualquier conversación bajo pena de pecado, por el temor, totalmente infundado, a que se organice un motín contra él. Como hemos visto, los capitulares no saben lo que ha pasado en Lyon con la administración de las obras y los bienes del Instituto. Así que el capítulo discurre sin ninguna otra cosa reseñable, con el silencio de uno y la ignorancia de la mayoría.

A instancias del Padre Francisco Vicente, el Hermano Javier es nombrado secretario general de la congregación, un puesto que no había existido hasta ese momento y que es la ocupación más alejada de sus actitudes y cualidades. Es un modo de apartarlo de la administración de los bienes, un esfuerzo baldío. Desde 1838 los hermanos tienen constituida una sociedad civil para gestionar los bienes de la congregación, de la que el Hermano Javier es el gerente y administrador.

A pesar de la irregularidad del proceso de elección, el capítulo refrenda mayoritariamente la elección del Hermano Policarpo como primer asistente. Dios escribe recto con líneas torcidas, y el Hermano Policarpo se revela como el hombre más preparado para ser, a partir de ahora, el líder y guía espiritual del Instituto.

33. La renuncia definitiva del Padre Francisco Vicente.

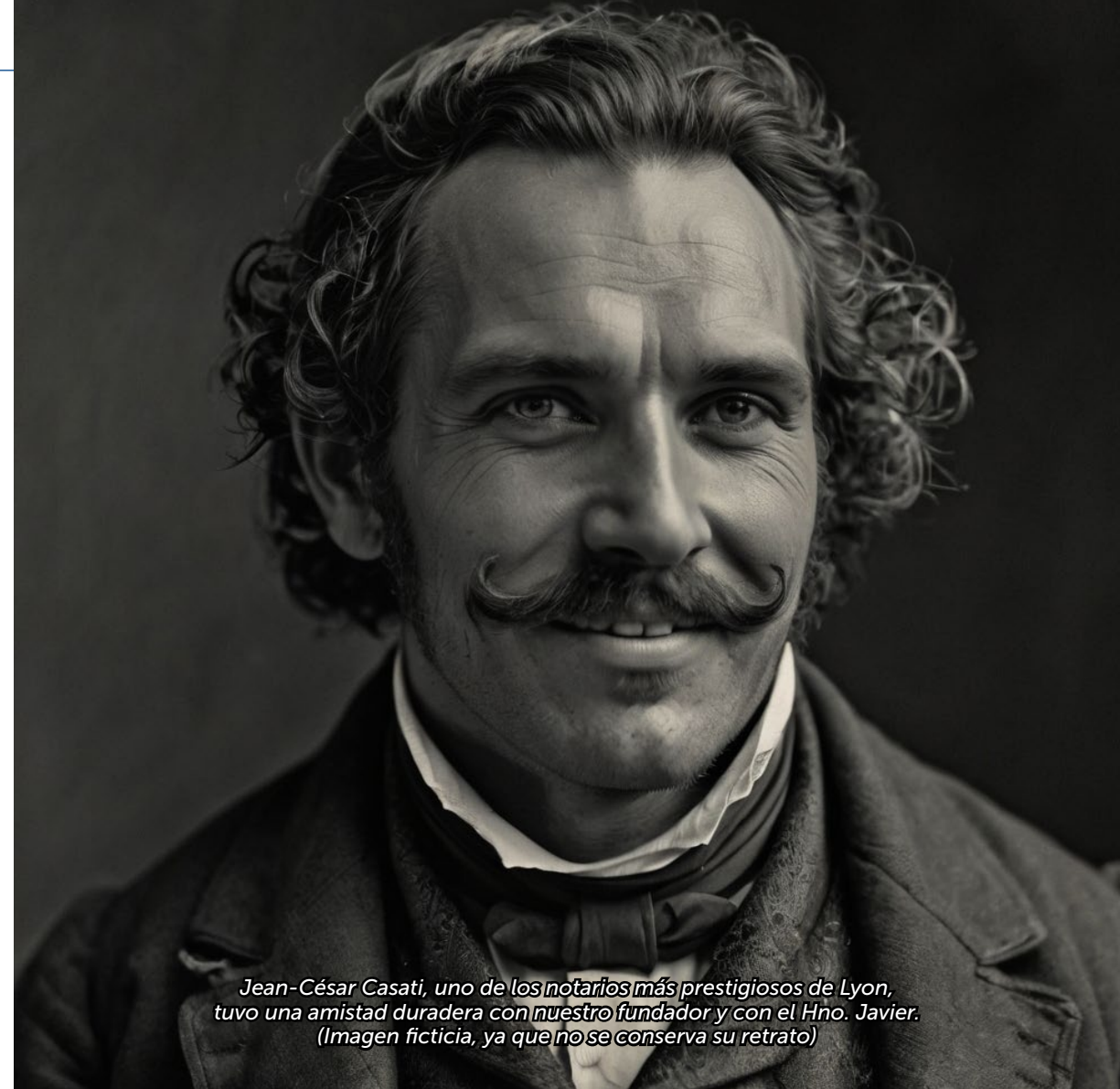
El Padre Francisco Vicente y el Hermano Javier vuelven a Lyon después del capítulo general. Da la impresión de que el superior general ha conseguido su propósito de apartar al Hermano Javier del gobierno de la congregación, pero este sigue en la casa de Lyon y el superior no va a poder actuar a su antojo.

La situación no mejora, porque el Padre Francisco Vicente, durante los meses siguientes, sigue reclamando más dinero. Continúa haciendo obras y metiéndose en negocios absurdos, que no le traen más que disgustos. Se ve cercado por los acreedores y su crédito personal y financiero está agotado definitivamente en la ciudad.

Cuando la situación es ya insostenible, se llega a un principio de acuerdo: el Padre Francisco Vicente recibirá una pensión anual de ochocientos francos, pagada por la congregación, con la condición de que se aparte definitivamente de todos los temas económicos, y de que el Hermano Policarpo actúe como director general, cargo que estaba vacante formalmente desde la marcha del Hermano Borgia.

El Padre Francisco Vicente se muestra conforme con el acuerdo, pero, como siempre, por poco tiempo. Al cabo de unos meses vuelve a reclamar más dinero. Se buscan intermediarios para tratar de que el superior general detenga la marcha de la congregación hacia el abismo. Esta vez se llama al párroco de la Cartuja y al Padre Collet, director de la providencia de Cuire, para que traten de hacer entrar en razón al Padre Francisco Vicente. Parece que les hace caso, pero sus propósitos terminan cuando alguien, el primero que pasa por la calle, le propone la próxima obra o el siguiente negocio. Parece mentira que un hombre tan inteligente y tan bueno pueda verse arrastrado a una permanente situación de quiebra.

Los hermanos quieren que todo esto acabe cuanto antes. Temen que las deudas que sigue adquiriendo el Padre Francisco Vicente terminen, como



Jean-César Casati, uno de los notarios más prestigiosos de Lyon, tuvo una amistad duradera con nuestro fundador y con el Hno. Javier. (Imagen ficticia, ya que no se conserva su retrato)

siempre, en la congregación. Así que el Hermano Javier va al arzobispado y pone en conocimiento de Monseñor de Bonald, ahora titular de la sede de Lyon, la situación en la que nos encontramos. El arzobispo no se sorprende, en Lyon no se habla de otra cosa. Es probable que, en esta visita, el arzobispo pida al Hermano Javier que se ponga todo por escrito para entregarlo en el

arzobispado. Este documento, enviado por el consejo general a finales de 1841 o principios de 1842, es el que en nuestros archivos se conoce como el *Memorandum* o el *Factum* contra el Padre Francisco Vicente Coindre.

El Hermano Javier viaja a Le Puy para entrevistarse con el Hermano Policarpo y el Padre Arnaudon, capellán de Paradis. Se pide al Padre Arnaudon que viaje a Lyon para hablar con el Padre Francisco Vicente. El plan consiste en que Arnaudon le diga que los hermanos le van a demandar por todo el dinero que le han entregado, tanto el procedente de las escuelas como el de los patrimonios personales. En la conversación en Lyon, el Padre de Francisco Vicente le pregunta si hay alguna manera de evitar la demanda, y Arnaudon le responde, tal y como se había acordado, que solo hay una: presentar la dimisión.

En los primeros días de septiembre de 1841, el Padre Francisco Vicente presenta definitivamente, por carta, su renuncia. En el capítulo general que se desarrolla ese mismo mes de septiembre, el Hermano Policarpo es elegido superior general por unanimidad.

En el momento de su dimisión, el Padre Francisco Vicente sigue teniendo obras en varios edificios. Como hace y deshace sin ningún tipo de criterio, las obras cuestan mucho más de lo inicialmente previsto. Ahora debe sesenta mil francos. Además, los cuarenta mil francos del préstamo que tenía donde Casati también los ha perdido. La notaría se ha declarado en bancarrota después de que Casati muera inesperadamente en un viaje de vuelta desde París, donde había ido para participar en un juicio.

Este señor Casati merece una atención especial. Jean-César Casati es uno de los notarios más prestigiosos de Lyon. Tiene su despacho en la céntrica plaza de los Carmelitas. Desde la fundación del Instituto, es secretario del consejo general de suscriptores, esa asociación caritativa reunida en torno al aura del Padre Coindre. Tiene una amistad duradera con nuestro fundador, que lo cita a menudo en sus cartas. Es más que probable que Casati sea el redactor final del Prospecto de 1823, donde da muestras de una profunda espiritualidad marcada por el pensamiento del Padre Coindre. Su muerte en 1839, a los 45 años, supuso seguramente un duro golpe para la congregación y, particularmente para el Hermano Javier, que había compartido con el notario muchas de nuestras amargas financieras.

34. Aquí termina la historia del Piadoso Socorro.

La situación financiera del Padre Francisco Vicente es, como casi siempre, desesperada. Puede disponer de varios edificios para saldar las deudas, pero decide recomprar a los hermanos Piadoso Socorro –por cuarenta mil francos, tal y como aparecía en el contrato de 1838– y ponerlo inmediatamente a la venta. Por supuesto que no entrega ningún dinero. Primero se hará la venta y después, ya veremos.

Así que le pide al Hermano Javier que se retire de la casa y que envíe a los alumnos a las suyas. El Hermano Javier manda a los hermanos a Paradis, y los chicos se van a sus familias para no volver. Con estos últimos alumnos, a finales de 1841, termina la historia del Piadoso Socorro, la providencia que había abierto el Padre Coindre en 1820. Veremos, más adelante, cómo el Hermano Javier podrá salvar la casa madre, pero cuando se vuelva a abrir, ya no será una providencia, sino un internado al que le costará cierto esfuerzo borrar su imagen de centro penitenciario, con la que había nacido.

Sin hermanos ni alumnos, el Hermano Javier se queda solo en el Piadoso Socorro para terminar de arreglar los asuntos y recibir del Padre Francisco Vicente los cuarenta mil francos. Tampoco quiere dejar el mobiliario, que pertenece a los hermanos. Va mandando a Paradis todo lo que puede, a espaldas del Padre Francisco Vicente, que trata, de todas las formas posibles, de impedirlo. En Lyon se ha corrido la voz de que se cierra el Piadoso Socorro. Surgen numerosas invectivas contra el Padre Francisco Vicente, que no se atreve aparecer en público.

Enseguida aparece una compradora. La señora Daringue quiere abrir una providencia para chicas, aunque, de momento, no tiene mucha prisa. Ofrece cincuenta mil francos, a la espera de la consulta con un especialista. Al cabo de unos días, el informe del técnico concluye que, para poner en funcionamiento la providencia de chicas, habría que gastar, al menos, treinta mil francos más, así que la señora se lo piensa mejor y dice que ochenta mil francos es demasiado. El Padre Francisco Vicente se enfada mucho, pone el grito en el cielo, y la señora Daringue, para no discutir, le entrega mil francos



en compensación de los perjuicios ocasionados por no haber culminado con éxito la operación.

El Padre Francisco Vicente busca otros compradores, pero sin éxito. Su nombre no es, en esos momentos, un referente para la sociedad caritativa de Lyon. Pasa el año escolar sin que aparezca ningún interesado en la propiedad. El Hermano Javier pide repetidas veces al Padre Francisco Vicente que desembolse los cuarenta mil francos. Así se podrá pagar Paradis. O bien, que no entregue nada a los hermanos, pero que estos conserven la propiedad del Piadoso Socorro.

Un antiguo suscriptor, el señor Nouvelet, se encarga de entrevistarse con el Padre Francisco Vicente. Le aconseja que lo mejor que puede hacer para sus propios intereses es renunciar a la recompra del Piadoso Socorro y dejar la propiedad y la deuda en manos de los hermanos. El Padre Francisco Vicente cede definitivamente. Es el verano de 1842, un descanso para todos. Desde ese momento, el Hermano Javier se pone a trabajar para tratar de sacar

rendimiento a la propiedad y comenzar el camino para pagar la deuda. El Padre Francisco Vicente deja de intervenir en los asuntos temporales de la congregación y vuelve, a tiempo completo, a ejercer como capellán de las hermanas de Fourvière.

Volveremos a tener noticias suyas en 1848, cuando los *canuts*, los trabajadores de la seda, asaltan las providencias de los religiosos, a los que acusan de competencia desleal con sus propios negocios. La casa de Fourvière es saqueada, y tanto las religiosas como las alumnas se dispersan para evitar males mayores. El 25 de febrero de 1848, en una noche llena de violencia, los llamados *voraces* arrasan con lo que encuentran a su paso y prenden fuego a los telares, los tejidos y los muebles de la providencia de Jesús-María de Fourvière. Preparan hogueras delante y detrás del edificio para quemarlo todo. El Padre Francisco Vicente se opone firmemente a que se consume el desastre y en parte lo consigue porque, a pesar de que lo destrozan todo, no consiguen quemar el edificio. Quieren lanzarlo también a él al fuego, pero logra desembarazarse de los alborotadores. Actuó con determinación y valentía.

El Padre Francisco Vicente continúa prestando sus servicios en la comunidad de religiosas durante catorce años, hasta 1857, cuando cae enfermo y se retira a la casa de su hermana, que todavía vive en el Piadoso Socorro. En los últimos meses de vida, solo quiere ser cuidado por los hermanos. Muere el 12 de enero de 1858.

La virtud de la prudencia es la característica más necesaria para un superior, y el Padre Francisco Vicente, desgraciadamente, no la tenía. Podía haber seguido ejerciendo el mismo rol que su hermano: guía, director espiritual, reclutador, intermediario ante las autoridades civiles y religiosas. Pero prefirió gobernar solo, valiéndose de su mayor instrucción y de su estado sacerdotal. Fue un mal administrador y un superior prepotente y desconfiando, pero no hay razones para dudar de su excelente formación y de una profunda vida espiritual.

35. Paradis: una casa para la familia.

Volvemos un momento la vista atrás y vemos cómo en 1837, el Hermano Javier tiene serias dudas de que el Instituto pueda pagar las deudas que ha contraído el Padre Francisco Vicente. Decide, pues, pase lo que pase, asegurar la supervivencia de la congregación. Si la casa de Lyon se pierde, los hermanos se quedan sin ningún lugar para establecerse. Tienen las escuelas, pero todas pertenecen a los ayuntamientos o a las parroquias.

Busca una propiedad lo suficientemente alejada de Lyon para que no sirva de moneda de cambio, o la tengamos que hipotecar para pagar las deudas. Quiere que sea una propiedad modesta, que sirva de residencia a la administración y, sobre todo, que sea la casa de formación, el activo más importante para el futuro del Instituto. Un lugar donde podamos tener la calma y la soledad necesarias para la formación religiosa que requiere el noviciado.

Es posible que el Hermano Policarpo, en uno de sus paseos desde la cercana localidad de Vals donde estaba destinado, viera un lugar apartado y tranquilo que se encontraba en venta. La propiedad está muy cerca de Le Puy, en las afueras de una pequeña localidad llamada Espaly-Saint-Marcel. La zona es una cuenca volcánica, con antiguas chimeneas que surgen como grandes rocas sembradas en un entorno llano, sus cimas convertidas en santuarios cristianos como Saint Michel d'Aiguilhe, Nuestra Señora de Francia o el Santuario de San José de la Buena Esperanza.

El lugar se llama Paradis, nombre proveniente, con toda probabilidad, de un cementerio desahogado, de nombre Paradisius. El propietario es un señor llamado Belchamps, capitán retirado y caballero de San Luis. El Hermano Javier no tiene suficiente dinero para comprar la propiedad, así que a principios de 1837, adquiere una opción de compra por tres mil francos. El Hermano Bernard, con un pequeño grupo de compañeros, toma posesión de la finca y, según cuenta la tradición, llevan en procesión una estatua de la Virgen. Antes de sobrepasar la destatada verja, el Hermano Bernard dice, "inauguramos hoy una nueva casa de nuestro Instituto; nos falta de

todo, pero yo tengo plena confianza en que la Santísima Virgen nos asistirá. Hagamos que entre primero y consagremosle nuestra nueva fundación".

El deseo de una casa para nosotros es tan grande que los hermanos vienen de las escuelas durante el periodo de las vacaciones de 1837, y se ponen a trabajar sin descanso para adecuar el terreno y hacer los cimientos de las primeras construcciones. Entre ellos está el Hermano Policarpo, que demuestra que no le importa el trabajo físico exigente. Vemos, durante esos días, un grupo de hombres movidos por la gracia de Dios y conscientes de su pobreza personal y comunitaria. Al frente de las obras se pone el mismo Hermano Bernard, "arquitecto" de nuestras primeras casas, un hombre dotado de una fe en Dios inquebrantable. Los hermanos trabajan en la adecuación de la finca y la construcción de cimientos, pero los edificios se encargan a obreros especializados.

Un año después, el 24 de septiembre de 1838, se formaliza la venta del señor Belchamps, no a la congregación, sino a la sociedad civil formada por varios hermanos, con el Hermano Javier como gestor y administración de los bienes. Esta sociedad, creada especialmente para esta transacción, va a gestionar nuestros bienes hasta 1903. En el contrato se especifica que la propiedad se pagará en cuatro plazos, uno cada año. Pero en 1840, viendo que nuestra salida del Piadoso Socorro puede ser inminente, se llega a un acuerdo para cancelar definitivamente la deuda y dejar la propiedad a disposición de los hermanos.

El año 1839, el noviciado se traslada desde el Piadoso Socorro hasta Paradis. Tanto el noviciado como el internado comienzan a tener enseguida un éxito inesperado. La bondad con la que los hermanos tratan a los alumnos, la disciplina que nace de la propia convicción, la acogida de los alumnos con dificultades y una preparación académica rigurosa son las tarjetas de visita que enseguida se extienden por toda la comarca.

36. La historia de una congregación se escribe en el noviciado.

La historia de cualquier congregación no es otra cosa más que el reflejo de su noviciado.

La tarea de reclutador del Padre Coindre en las misiones de los pueblos es tan exitosa que, en 1822, abre un noviciado en Monistrol, que comparte durante algún tiempo ubicación con la escuela para los niños de la localidad. En la formación de los novicios, el Padre Coindre da, una vez más, muestra de confianza y pragmatismo, tan necesarios en la educación. El Hermano Augustin, el maestro de novicios, le pide un reglamento y el Padre Coindre le responde a través del Hermano Borgia: "¿Qué quiere que le escriba? Hay que estar en el lugar para saberlo. Le puedo escribir unas reglas que pueden empeorarlo todo en el caso de que no se puedan aplicar. Que las escriba él, aunque sea de modo provisional, y que se quede contento si se cumplen".

Pero en 1827 el Padre Francisco Vicente decide trasladar a los novicios a Lyon, para que ayuden en las obras del Piadoso Socorro. Esta decisión, que va en contra de los objetivos que debe tener la formación de un religioso, supone la desaparición progresiva del noviciado, que queda reducido, en la práctica, a las iniciativas puntuales de algunos Hermanos, principalmente del Hermano Policarpo, que admite novicios, por su cuenta, en la escuela de Vals.

En 1836 el Hermano Javier, nada más ponerse al frente de la congregación, reabre el noviciado y lo instala en el colegio de Vals, nombrando al Hermano Policarpo maestro de novicios. Son unos quince jóvenes que comienzan el camino de la vida religiosa. Esta es una de las primeras decisiones del Hermano Javier nada al tomar las riendas de la congregación, lo que viene a desmentir uno de los principales infundios que se levantan contra él: según algunos, el Hermano Javier ve todas las cosas desde el punto de vista de lo material. Incluso, en sus memorias, siguen diciendo, atribuye al Padre Coindre una motivación económica en la fundación del Instituto: "como

Vista de Le Puy-en-Velay a mediados del siglo XIX desde un punto cercano a Paradis.



Primera edificación de Paradis (1838).



había que pagar a los contra maestros, esos pequeños recursos enseguida se agotaban. El Padre Coindre pensó entonces en poner hermanos, que se entregarían en favor de la obra desinteresadamente”.

Por contra, aquí vemos que en cuanto tiene que decidir sobre los destinos del Instituto, y a pesar de lo desesperado de la situación, la primera medida es reabrir el noviciado y poner como maestro de novicios al hermano más valioso de los que tiene a mano, el Hermano Policarpo. Sabe que esta decisión es muy costosa económicamente y que podría emplear al Hermano Policarpo para ganar prestigio en cualquier escuela, pero es una medida estratégica para asegurar el futuro de la congregación.

Solo un año después, en 1837, el Hermano Javier decide trasladar el noviciado desde Vals hasta el Piadoso Socorro. La pequeña escuela de Vals no reúne las condiciones necesarias, así que el Hermano Policarpo reúne a sus pocos novicios y se traslada durante un año a Lyon.

El renacer del noviciado fue lento. Como suele suceder en la historia de las congregaciones religiosas, las corrientes que traen novicios van y vienen y, de repente, cambian de dirección y llenan o vacían las casas de formación. El Hermano Javier piensa que si no hay muchos, al menos que se formen bien, incluido el maestro de novicios, el Hermano Policarpo, que durante esta época obtiene del Ministerio de Instrucción Pública su segundo carnet de capacitación para enseñar, esta vez, en cualquier escuela primaria del país.

En 1838 se traslada el noviciado a Paradis. También es una iniciativa del Hermano Javier. Quiere que los novicios estén en una casa propia del Instituto donde sea posible el mejor ambiente interno y externo para aprender la vida religiosa. También se asegura de que, al estar situada la casa en el Alto Loira, donde nuestra congregación está reconocida, los jóvenes hermanos estén exentos de hacer el servicio militar. Al principio serán unos diez novicios, pero poco a poco aumenta el número y se consolida un programa de formación cada vez más exigente. Sin la apertura del noviciado en Paradis, no se explica el espectacular desarrollo que tuvo el Instituto a partir de 1841, con la llegada del Hermano Policarpo al cargo de superior general.

37. Arnaudon, otro sacerdote al mando.

Era una costumbre bastante frecuente entre las congregaciones de hermanos que el superior general fuera un sacerdote, aduciendo que estaban poco formados para la administración de los bienes materiales y espirituales. No nos habíamos recuperado del Padre Francisco Vicente, cuando surge otro clérigo que trata de tomar las riendas de la institución.

A medida que van avanzando las obras de Paradis, se pide al obispo de Bonald que nombre un capellán para la casa. En 1839 envía al sacerdote Jean-Eugène Arnaudon, un hombre dotado de una notable inteligencia y cultura, que enseguida creyó que podía ayudar a los hermanos en el gobierno de la congregación, e incluso ejercer de superior general.

Nuestra congregación es de derecho diocesano. Ante la crisis que atraviesa, el obispo de Le Puy espera, con este nombramiento, que el Padre Arnaudon atienda a la formación, a la vida diaria y a la gestión de las escuelas. Así que, al llegar a Paradis, tiene todo el poder en sus manos, con el aval del señor obispo.

Arnaudon destaca por su sabiduría, celo y prudencia. Es muy útil para la congregación. En las controversias con el Padre Francisco Vicente, asume un papel de intermediario en el que, como hemos visto, negocia y consigue la renuncia definitiva del superior. Parece ser que estas circunstancias le hacen albergar esperanzas de ser elegido como nuevo superior general y, cuando el votado unánimemente es el Hermano Policarpo, no cabe duda de que se siente algo decepcionado. Decide entonces redoblar su influencia sobre el Hermano Policarpo, con tanto éxito que algunos hermanos piensan que el superior general queda apartado desde el principio y tenemos un nuevo sacerdote al mando, un nuevo Padre Francisco Vicente para regir los destinos de la congregación.

Hay numerosos testimonios escritos, al menos hasta 1850, de que el Padre Arnaudon hace, en muchas ocasiones, las funciones de superior general: abre y cierra establecimientos, se entrevista con los obispos para decidir

sobre las nuevas obras, controla presupuestos y gastos de Paradis e, incluso, traslada hermanos de escuela. El estado de la congregación es tan débil que muchos alcaldes, representantes de consejos, no saben a quién acudir y dirigen sus peticiones al obispo de Le Puy, al vicario o al propio Arnaudon; pocas veces al superior general legítimo, el Hermano Policarpo. El que más se alarma por esta usurpación de poderes es el Hermano Javier, primer asistente de la congregación.

Es necesario comprender la prudencia del Hermano Policarpo. También él es consciente de la desmedida injerencia del Padre Arnaudon en nuestros asuntos, pero se muestra cauto porque el sacerdote es el representante del obispo y no puede ponerse a mal ni con uno ni con otro. El Hermano Javier, y también otros hermanos, interpretan esto como debilidad o demasiada condescendencia, como mínimo, del buen Hermano Policarpo. Las simpatías del Hermano Javier por el Padre Arnaudon tampoco aumentan cuando este incita al Hermano Policarpo a escribir una carta al Hermano Javier para que venda la casa de Lyon. La respuesta del Hermano Javier es cortante, casi maleducada: esta casa no se puede vender porque no hay comprador, y en caso de que lo hubiera, tampoco, porque es nuestra casa madre. Es decir que no puede ser y, además, es imposible, como dijo aquel.

Otra preocupación del Hermano Javier es que el Padre Arnaudon lleva meses sin cobrar su salario como capellán de Paradis. Además, el sacerdote se ha aumentado él mismo los honorarios hasta los seiscientos francos al año, con lo que si decide cobrar todos los atrasos de golpe, puede poner en peligro la débil economía de la institución. Así que hace que se le pague, quiera o no.

El Padre Arnaudon es consciente de todas estas maniobras y apunta toda la artillería contra el Hermano Javier. Por segunda vez, encontramos al Hermano Javier en el centro de una conspiración promovida desde las más altas instancias de la congregación. También, en esta ocasión, el motivo es él mismo; una obediencia sin fisuras a los deseos del Padre Coindre y el mandato de salvar la congregación: "Después de mí, mi hermano; y después uno de ustedes", había dicho el fundador.

Arnaudon casi consigue aplastarlo. Se le acusa, esta vez, de dar un golpe de estado en la congregación y de conspirar para nombrar como superior general al Hermano Marie-Joseph, del Piadoso Socorro. El Hermano Javier aguanta todo sin rechistar. Ni siquiera se molesta en comunicar al Hermano Marie-Joseph el plan que se está urdiendo, en el que, también él, es protagonista involuntario. ¿Por qué no le dice nada? Porque está trabajando mucho y bien en favor del Piadoso Socorro, y Javier piensa que a los que trabajan no hay que molestarlos con las envidias y bajezas de los demás.

Pero lo que más le duele es que el dedo acusador sea muchas veces el del Hermano Policarpo, influenciado sin lugar a dudas por el capellán.

38. La falta y el castigo.

Al Hermano Javier no le faltan ocupaciones en Lyon. Después de la renuncia del Padre Francisco Vicente, se pone manos a la obra para salvar la casa madre. Como los telares y todo el material necesario para los oficios han desaparecido o están inutilizados, decide abrir un internado. Tenemos hermanos preparados para las escuelas y somos muy apreciados en las localidades que nos han confiado la educación de sus hijos. ¿Si lo hacemos bien fuera, por qué no lo podemos hacer igual de bien en Lyon?

También se dedica a construir una comunidad, y pone todo el empeño y los medios necesarios en mejorar la formación de los religiosos. Escribe al Hermano Policarpo, a Paradis, pidiéndole que le envíe algunos hermanos jóvenes que puedan formarse, no solo para dar clase a los niños, sino también para preparar a los futuros superiores de la congregación. Cuando los hermanos llegan, los envía a la ciudad a hacer estudios oficiales y él mismo se encarga de sustituirles en las horas de vigilancias y de estudios. Cualquier sacrificio es poco, si es en beneficio de su amada congregación, la obra del Padre Coindre.

Sin embargo, sigue mirando con el rabillo del ojo la situación que se vive en Paradis y no está de acuerdo con la influencia que el Padre Arnaudon tiene sobre el Hermano Policarpo y su poder real en la congregación. A juicio del Hermano Javier, Arnaudon quiere controlarlo todo y su intrusismo en los asuntos de la congregación resulta muy perjudicial. El sacerdote es un hombre bien instruido y, seguramente, un santo, pero no es uno de los nuestros, no sabe lo que es la vida de un hermano, no siente en las entrañas el amor a la congregación. El Hermano Policarpo, superior general desde 1841, también es consciente de esta situación que le acarrea mucho sufrimiento, pero no sabe cómo evitar la presencia agobiante del capellán.

En el retiro de 1846, el Hermano Policarpo y el Hermano Javier hablan largo y tendido sobre las posibles soluciones del problema. Están convencidos de que Arnaudon no va a cambiar y tampoco confían en que el obispado le llame la atención y asuma una posición menos intrusiva. Una de las propuestas

es conseguir la autorización del Instituto en Lyon, en el departamento del Ródano. De esta manera, se podría trasladar allí la casa general y alejarse de la influencia del sacerdote.

Otra solución es pedirle al obispo de Le Puy que sustituya a Arnaudon como capellán de Paradis. A finales de 1849, el Hermano Policarpo consigue que traslade su residencia a la ciudad cercana de Le Puy y que acuda a Paradis solo para decir misa y confesar. Pero el tiempo confirmará que no se logra gran cosa; su peso en las decisiones sigue siendo determinante.

Así que el 20 de octubre de 1850, el Hermano Javier, por su cuenta y riesgo, y sin conocimiento del Hermano Policarpo, se lanza en busca de la solución pactada cuatro años antes, en el retiro de 1846. Pide la autorización de la congregación para el departamento del Ródano con la intención de trasladar la casa general a Lyon. Lo que no sabe el Hermano Javier es que el Hermano Policarpo está a punto de pedir la autorización para toda la nación, petición finalmente cursada en diciembre de 1850.

Así que en el Ministerio de Instrucción Pública coinciden dos peticiones de aprobación para la misma congregación, pero con diferencias muy notables. El ministro de instrucción pública, ciertamente molesto, escribe al rector de la universidad de Lyon, encargado del tema que, empujado desde arriba, primero se enfada, después se enfurece, a continuación se encabrita y, por último, pide aclaraciones urgentes sobre varios aspectos.

¿Si se trata de la misma congregación, por qué un documento pide autorización como Hermanos de la Instrucción Cristiana (la petición del Hermano Policarpo) y el otro, el del Hermano Javier, como Hermanos del Sagrado Corazón?

¿Si son los Hermanos de la Instrucción Cristiana, denominación oficial desde 1829, y la casa de Lyon es una obra de la congregación, por qué en la puerta del establecimiento, en el antiguo Piadoso Socorro, hay un cartel, con letras grandes, que pone *Hermanos del Sagrado Corazón*, lo que confunde a la ciudadanía y a las autoridades?

¿Si es la misma congregación, por qué hay dos peticiones distintas?

¿Por qué el Hermano Javier dice que es el superior general, si no lo es?

Aunque este último extremo no es cierto, es decir, que el Hermano Javier nunca dice que es el superior general sino el superior de la casa de Lyon, la situación se torna ciertamente complicada. Las autoridades civiles consideran que esta doble petición es una burla, por lo que el Hermano Policarpo se ve obligado a desautorizar al Hermano Javier y comunicar al rector de la universidad que el Hermano Javier ha sido despojado de toda autoridad en la casa de Lyon y ha sido trasladado a Le Puy, donde es nombrado ecónomo.

Este tuvo que ser un duro golpe para el Hermano Javier. Había llegado al Piadoso Socorro en 1820 y no había dejado un solo momento de cuidar por la obra del Padre Coindre. Ahora, treinta años después, tiene que salir aprisa y corriendo, apartado de la administración de la casa, después de poner en serios apuros legales a la congregación, a la que había salvado de su desaparición en repetidas ocasiones.

39. El exilio.

Aquí terminan las memorias del Hermano Javier, con una frase de un laconismo absoluto, alejado de lo que conocemos de su carácter: "Todo el mundo conoce la continuación; la dejo para aquellos que escriben mejor que yo, porque yo tengo mucha dificultad en hacerme comprender".

Seguramente, los primeros hermanos conocían la continuación de la historia, pero no ha llegado hasta nosotros, al menos en todos sus detalles. Sabemos que en el verano de 1851, el Hermano Javier, el hombre de la fidelidad constante, tiene que abandonar la casa de Lyon. Los últimos días no son demasiado alegres. Aquella aventura en la que le comprometió el Padre Coindre para ser el guardián de su obra ha terminado.

Reza de rodillas ante la imagen del Sagrado Corazón, en la gran capilla del Padre Francisco Vicente. Le queda el consuelo de que la casa madre está definitivamente a salvo. Después de tantas vicisitudes, pertenece solo a los hermanos y, en este momento, su futuro parece asegurado; el internado funciona muy bien y sigue siendo una oferta atractiva para una educación de calidad dirigida a niños y familias de condición más bien modesta.

Esta es la obra del fundador. Aquí nacimos, dice para sí mismo, aquí el Padre Coindre recogió a los muchachos que nadie quería para enseñarles el amor de Dios y también, pero después, un oficio. "Lo prioritario de esta obra es la fe", repetía una y otra vez nuestro fundador. Aquellos niños del taller tenían hambre, pero, sobre todo, tenían hambre de Dios, yo lo he visto con mis propios ojos.

Me gustaría alegrarme por cumplir con la obediencia que me ha dado el Hermano Policarpo, pero no puedo. El Piadoso Socorro, aunque ya no se llame así, ha echado un ancla en mi corazón. Dios me atrapó en sus redes mientras yo ayudaba a los muchachos a tejer la seda. Nacimos en esta casa, en un taller, entre los más pobres. Los Hermanos del Sagrado Corazón serán, para siempre, los pobres tejedores de Dios, encargados de poner cuidado en la trama que supone la educación de cada niño. El tejedor necesita

especialización, paciencia, humildad, selección de los materiales, cuidado de los detalles. El tejedor sabe que cada tela es única, y que la fabricación en serie está contraindicada cuando se trabaja con diseños exclusivos.

Javier tiene ya cincuenta años. En su rostro vigoroso, las arrugas van surcando sus mejillas, su frente y la comisura de los ojos. Sale de la casa con una pequeña maleta donde lleva todas sus pertenencias. Los hermanos y los alumnos están en la puerta para despedirle, pero él no dice nada, ni siquiera deja traslucir la emoción que se le ha quedado anudada en la garganta. Hace un gesto con la mano, como un ligero adiós. Muchos alumnos tienen lágrimas en los ojos cuando lo ven desaparecer por las pendientes de la Croix-Rousse, junto a un hermano que le acompaña hasta la diligencia.

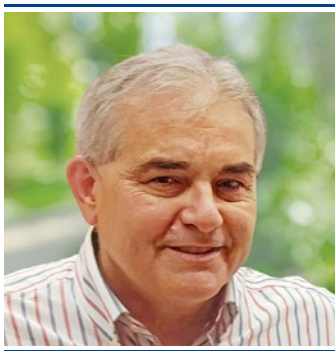
Llega a su otra casa, a Paradis. Ha recorrido su camino y la misión está cumplida. Sometido muchas veces a la incompreensión de los demás, como otros grandes hombres de opinión segura, voluntad firme y fidelidad casi visceral y absoluta a Dios y a su vocación, ha luchado, a pesar de todo y contra todos, para cumplir su destino. Solo una certeza; ha andado el camino, seguro, sin equivocaciones, y ha llegado hasta el fin: ha respondido a su vocación con la entrega de su vida; la obra que Dios encargó al Padre Coindre está asegurada.

La obediencia religiosa todavía le lleva a algunas localidades del Alto Loira y del Ródano, como Blesle y Chambost respectivamente, pero el lugar de los últimos años es principalmente Paradis, sin cargas ni cargos, solo con el aprecio unánime e inquebrantable de sus humildes hermanos de a pie: en las elecciones al capítulo general de 1859, el Hermano Javier tiene 97 votos de los 98 votantes; solo faltó uno, por supuesto, el suyo.

El Hermano Javier, el tejedor de la gloria de Dios, murió en Paradis el 11 de mayo de 1861, diez años después de haber abandonado su casa de Lyon, el Piadoso Socorro. Descansa en el panteón de los hermanos de Paradis, al lado de los superiores a los que tan fielmente sirvió.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL Y COMUNITARIA

1. ¿Qué aspecto de la vida del Hermano Javier te ha impactado más?
2. ¿Cuáles crees que fueron las principales dificultades que el Hermano Javier tuvo que enfrentar para mantener su "fidelidad constante"?
3. ¿Cómo se puede presentar la figura del Hermano Javier a los colaboradores en la misión, a los niños y a los jóvenes?
4. ¿Cuáles han sido, en tu experiencia personal, los momentos más difíciles para sostener tu fidelidad al carisma?
5. ¿Qué pasos puede dar tu comunidad (religiosa o educativa) para ser más fiel aún al carisma de Andrés Coindre en su realidad concreta?



EL AUTOR: HNO. JAVIER MARQUÍNEZ

El Hermano Francisco Javier Marquínez nació en Pamplona (Navarra) en 1958. Ingresó en el seminario de Rentería en 1970 y continuó su formación en Alsasua, donde hizo la primera profesión en 1974.

Es Diplomado en Magisterio, Licenciado en Lingüística y Literatura y también Diplomado en Ciencias Religiosas. Ha ejercido su trabajo como docente en diferentes colegios corazonistas de España, de manera más prolongada en el colegio del Paseo de la Mina de Zaragoza y en el colegio Mundaiz de San Sebastián. En su trabajo en las aulas, ha enseñado materias relacionadas con las humanidades, principalmente Literatura, Historia del Arte y Religión.

Ha sido colaborador habitual en los cursos sobre el carisma que se han desarrollado tanto en su provincia como en encuentros de carácter internacional.

Desde el año 2024 ocupa el cargo de superior provincial de la Provincia de España.

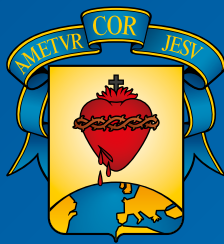
ÍNDICE

Prefacio	3
1. La llegada a Lyon y el primer trabajo	6
2. Tengo una oferta que no vas a poder rechazar	9
3. Una invitación a quemarropa	13
4. El Padre Coindre invita	15
5. Llega más gente, el grupo crece	18
6. Un retiro para pensárselo bien	20
7. La primera profesión, la entrega en privado	22
8. A las primeras de cambio, nos partimos en dos	25
9. En el taller, cada uno tiene su oficio	27
10. El negocio de la seda en Lyon	29
11. Perdemos la mitad de los hermanos de un solo golpe	32
12. Dos ejemplos distintos de éxito educativo	34
13. El Hermano Borgia, director de los hermanos	36
14. Hermanos François y Paul: bajo el signo de la humildad	39
15. La profesión pública de los votos	41
16. Tres claves de nuestra primera pedagogía: emulación, pragmatismo y, sobre todo, fe	44
17. Los maestros nuevos	47
18. Las cartas del Padre Coindre: la esperanza llega por correo	50
19. La nueva escuela democráticas: la enseñanza simultánea	53
20. El Padre Coindre se marcha a Blois. ¿Por qué?	56

21. La inesperada muerte del Padre Coindre	59
22. El Piadoso Socorro, una institución estable y fuerte a la muerte del fundador	62
23. El Hermano Policarpo	65
24. Somos los Hermanos de la Instrucción Cristiana	68
25. La situación empieza a ser complicada	71
26. Una gran capilla y una pequeña casa de inquilinos	74
27. Más obras y la bancarrota	77
28. Las dos tareas del Hermano Javier	79
29. El arte de las vidrieras y más deudas. Todo está perdido	81
30. Hacer de la necesidad virtud: la segunda salvación del Instituto	84
31. El Hermano Javier rompe de forma definitiva con el Padre Francisco Vicente	87
32. Un capítulo general para acabar con el Hermano Javier	90
33. La renuncia definitiva del Padre Francisco Vicente	92
34. Aquí termina la historia del Piadoso Socorro	95
35. Paradis: una casa para la familia	98
36. La historia de una congregación se escribe en el noviciado	100
37. Arnaudon, otro sacerdote al mando	103
38. La falta y el castigo	106
39. El exilio	109
Preguntas para la reflexión	111
El autor	112

**PUBLICACIONES DEL BICENTENARIO
DE LA MUERTE DE ANDRÉS COINDRE**

Cuaderno	Tema	Autor	Fecha de publicación
1	Santidad y muerte de Andrés Coindre	Hno. Emilio Rodrigo	30 de mayo de 2024
2	El Hno. Javier La Fidelidad Constante	Hno. Javier Marquínez	30 de mayo de 2025
3	Andrés Coindre y el Hno. Policarpo	Juan Ramón Sáez	30 de mayo de 2026



HERMANOS DEL SAGRADO CORAZÓN

CASA GENERAL
Piazza del Sacro Cuore, 3
00151 Roma - Italia

webcorjesu.com